



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico. 14 ptas. al año.

En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero. 20 id. id.

Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten subscripciones por menos de un semestre en España y Portugal y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.

No se atenderá subscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.

Los números sueltos se venden á 75 céntimos.

Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—*Lima.**Araucanía:* Misión á orillas del río Muco y en Ultra Collin.*Madagascar Central:* El *Corpus Christi* en Tananarive.

UN RECUERDO Á LOS MISIONEROS AGUSTINOS QUE HAN SUCUMBIDO EN FILIPINAS VÍCTIMAS DEL SEPARATISMO Y DE LA MASONERÍA.

A LA TETILLA IZQUIERDA.—Consulta pública.—Contestación á *Lepra frailuna*.LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS (*continuación*).—Lo que rechazan como instituciones católicas.—La necesidad de mantener intacta la autoridad del Prelado regular sobre sus curas y misioneros.

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—IV, La Sociedad de las Misiones Extranjeras en el Tonkín.—R. P. Deydier.—Ilmo. de La Motte Lambert.—Los sacerdotes indígenas.

EN SYDNEY.—VII y último: Porvenir del Catolicismo en Australia (*continuación*).

EN LOS RÍOS DE MONDA.—VI, Mas lejos.—VII, El Bieri.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS DE LA PROVINCIA DE SANTA FE.—Templo de Avellaneda.—XIV, Conclusión de templos.—Templo de San Martín.—XV, Recursos.

CRÓNICA.—Asia Menor.—Las islas Salomón.—China.—Noticias varias.

VARIEDADES.—El esclavo de los esclavos.

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante (*continuación*).

GRABADOS

SAN PEDRO CLAVER, apóstol de los negros.

ILMO. SR. CARR, arzobispo de Melbourne.

AUSTRALIA.—Gran Seminario de San Patrik.

Vista de Manly Beach y del gran Seminario católico de Sydney.

VERDÚ.—Oratorio y altar en el aposento donde nació San Pedro Claver.

— Iglesia en el solar de la que fué casa de San Pedro Claver.

— Entrada de la villa, y vista de su típico mercado de cántaros.

— Pila en que fué bautizado San Pedro Claver.

— Portada de la capilla de San Pedro Claver.

LEA

O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Continuación)

—Cumpro con mi deber, querida Antonia; ¿no haces tú otro tanto?

Antonia sacudió su negra cabellera prendida con cintillas de plata, y dijo resueltamente:

—¡No! Creo muy poco en los dioses para que les ofrezca hecatombes! ¿No es muy triste sacrificar á esos grandes dioses de bronce las pobres ovejas y los mansos bueyes?

—¿Acaso eres cristiana? exclamó Lea con una especie de terror.

—¡Yo! ¡no! voy observando; mi madre Cornelia, que es una matrona sabia y á quien respeto mucho, examina también: apenas cree en los dioses del Imperio, mientras profesa cierta afición á las divinidades del Oriente; su arúspice caldeo cree en los astros y en sus coyunturas felices ó funestas; rinde culto al sol, y á veces cuando despunta la aurora, la encuentro postrada aguardando que luzca el primer rayo para adorarlo. Un hermano mío, tribuno de la Grecia, se dedica al estudio de la filosofía y busca una receta para ser feliz; y en España tengo otro hermano pretor, indiferente á todo, pues no es cristiano, ni servidor de Júpiter Capitolino, ni discípulo de Platón: es un pirro-niano; nada más.

—¿Y no te repugna el Cristianismo, que tanto horror inspiraba á los antiguos romanos?

—No, dijo Antonia; algunas de sus máximas que conozco, son hermosas; lo que sé de sus seguidores, es heroico.

Esto diciendo, tiñó sus mejillas un ligero carmin, y se puso colorada.

—¿Conoces tú á los cristianos? preguntó al fin á su amiga Lea.

—No; mi abuelo los aborrecía, y aun su imagen vino á turbar sus últimos instantes. ¿Y tú conoces á algunos, querida Cornelia?

—No es posible vivir en Roma sin conocerlos; y además ¿no cuento por amiga á la hija de nuestro Emperador, Constancia, que es cristiana como toda su familia? ¡Y cuántos otros pudiera citarte! He conocido también algunos mártires: Félix, uno de sus obispos, que murió

por la espada; Gorgonio y Doroteo, que fueron arrojados al mar; Marciano, que fué cruelmente torturado, y otros, y otros...

—¿Piensas hacerte cristiana?

—¡Oh! ¡no! la severidad de su Evangelio me espanta; fuera de que ¿soy acaso dueña de mi suerte? ¿no estoy desposada desde mi infancia con Anicio, hijo del cónsul, amigo de mi padre? No soy libre para escoger, ni para querer...

Una nube de tristeza cubrió sus hermosas facciones, clavó sus ojos en el agua de la cascada, y señalándola con la mano exclamó:

—¡Ella se deleita en saltar y quiere escaparse, pero es retenida en límites inflexibles!... ¡Así también yo!

Lea abrazó á su amiga, y le dijo con ternura:

—¡Feliz tú que te ves encadenada por los lazos tutelares de una familia, y que no eres una desgraciada huérfana sin guía ni sostén! Yo no conocí á mi madre; mi padre murió lejos de mí en la Germania; sus cenizas yacen en el destierro, y he perdido en mi abuelo á mi protector y á mi último pariente.

Callaron las dos: los ojos de Lea divagaban por aquel bello paisaje, coronado por las paredes y los pórticos de la quinta de Horacio, cuando se sorprendió al ver dilatarse sobre la roca una sombra humana que bajaba hacia ellas: pronto vieron acercarse un hombre, y si en aquel momento Lea hubiese mirado á su compañera, habría visto asomar en sus morenas facciones un ligero carmin y sus labios agitados por un temblor apenas perceptible. Aquel hombre era todavía joven, alto, fornido; su figura regular parecía de bronce animado y palpitante; vestía una túnica de lana cenicienta que dejaba descubiertos sus brazos y piernas; calzaba sandalias, y llevaba en la mano un palo encorvado. Cuando estuvo cerca de las dos jóvenes, las saludó sin levantar apenas los ojos, diciendo:

—¡El Señor sea con vosotras!

Y como siguiese adelante, Antonia le preguntó:

—¿De dónde venís, Sexto?

—De vuestra posesión de Tillacum, noble se-

CORRESPONDENCIA

LIMA

El R. P. Fr. José M.^a Arámburu escribe desde Lima al reverendo Padre Director de *La Voz de San Antonio* la siguiente interesante carta:

AUNQUE bastante atareado con el trabajo que durante el santo tiempo de la Cuaresma se multiplica siempre, no he querido dejar de dirigirle la presente, que vendrá á ser la historia de la Misión que en los últimos meses hemos venido dando en las poblaciones principales y más céntricas del departamento de *Ancachs*.

La Misión dada en *Fungay* produjo admirable fruto; pues comulgaron más de 3,000 almas, y además se hicieron 203 matrimonios.

Fungay es una población que, prescindiendo de sus estancias, tendrá cinco á seis mil habitantes, en su mayoría de la clase proletaria. Su clima es bastante bueno; pues hallándose más bajo que los demás pueblos del calléjon (nombre vulgar) que llaman de *Huaylas*, goza de un temperamento bien templado; al mismo tiempo, con frecuencia lo olean las frescas brisas procedentes de la cordillera nevada de los Andes que se extiende por la parte Este de la población.

La vista que presenta la gran cordillera de los Andes de la ciudad de *Fungay* es de lo más agradable é imponente al mismo tiempo. Encima de la población hay dos inmensos cerros que constituyen uno de los puntos más elevados de la cordillera. La vista sola de estos cerros, llamados *Huascarán* y *Paltoy*, cual verdadero *Scila* y *Caribdis*, infunde á todo aquel que los contempla cierto sentimiento de temor y de aniquilamiento; tal es el aspecto y la majestad, que impone. La parte más baja de la casa dista de la población tres leguas y media de subida, y tiene 4,000 y tantos metros de elevación; la parte más alta asciende poco más ó menos á 7,000 metros.

Año VI. — Número 437

En la cordillera en general, pero sobre todo en el *Huascarán* y *Paltoy*, se ven inmensas capas de perpetua é intensa nieve que tendrán muchas de ellas sus 50, 60 y tal vez más metros de espesor. De cuando en cuando sucede que hay derrumbamientos de nieve, y cuando esto acontece, parece cual si estuviera uno en el fragor de un combate, según es el ruido y el estrépito que producen aquellas masas duras y coaguladas de nieve, que de grandes alturas se precipitan á las partes

más bajas. A pesar de la distancia, el día siguiente la de la Comunión general quisimos dar un paseo por aquellas frescas y bien ventiladas alturas y llegar hasta la nieve, pero no pudimos ejecutar nuestro proyecto á causa de las circunstancias imprevistas que se presentaron.

Después de 34 días de permanencia en la amable compañía de los *yungainos*, que en el cariño y el aprecio á los Padres misioneros no les van en zaga á los demás pueblos, el día 12 de Diciembre muy temprano, y dejando á la gente sumida en tristeza y desconsuelo, salimos de *Fungay*, acompañados de algunas personas notables, en dirección á las alturas de la puna que llaman *cordillera negra*, y que se extiende por la parte opuesta á la cordillera blanca ó nevada.

Después de cuatro horas de penosa subida y otras cuatro de rigurosa puna, llegamos á eso de las cuatro á una hacienda llamada *Punap*. Al día siguiente emprendimos nuestra segunda jornada, que fué más peligrosa

que la primera, pues como el camino está de bajada ya para la costa, había algunos puntos que eran verdaderos precipicios, cuyo paso hace espeluznar los cabellos. En la tarde del mismo día llegamos felizmente á un pueblecito llamado *Quillo*. Aquí pasamos la noche como pudimos, arreglando nuestras camas con los pellones y nuestros mantos, y al día siguiente salimos muy temprano para llegar en la tarde del mismo día al punto de Casma.

El día 15 del mismo mes de Diciembre nos embarcamos en el vapor *Puno*, y después de una feliz navegación llegamos al Callao el día 17. Actualmente resido en Lima predicando las ferias de Cuaresma.

1 de Septiembre de 1898



SAN PEDRO CLAVER, S. J.

APÓSTOL DE LOS NEGROS (Pág. 406)

ARAUCANÍA

Misión á orillas del río Muco y en Ultra Collín

Desde Lautaro escribe el R. P. Fr. Alfonso M. Yáñez, misionero apostólico:

DESEANDO día por día dar término á las correrías apostólicas, emprendidas por el que subscribe en el mes de Octubre del año pasado y suspendidas en el mes de Noviembre del mismo año, había demorado hasta hoy comunicar el resultado de ellas; pero ya que reanudarla no me ha sido posible por motivos muy ajenos á mi voluntad, sólo comunicaré lo que en aquel tiempo me fué dado hacer en pro de la raza araucana.

El 17 de Octubre del año ya dicho, salí, pues, por vez primera á cumplir entre los indígenas de Ultra Cautín la honrosa misión que se me confiara en el mes de Enero del 97.

En obsequio á la brevedad, nada diré de los sufrimientos experimentados, que son los compañeros inseparables del misionero en el ejercicio de su ministerio apostólico. Todos ellos se convirtieron bien pronto para mí en el más puro gozo, pues veía realizados mis más ardientes deseos y satisfechas las más vivas aspiraciones de mi alma: recorrer las selvas araucanas, sacar de las sombras de la muerte á los infelices que en ellas viven, y abrir las puertas del cielo á los desgraciados descendientes de Caupolicán y Lautaro.

Visité todas las reducciones situadas en ambas riberas del río Muco. Permanecí en ellas ocho días consecutivos, evangelizando á los indígenas de aquel lugar.

Después de haber obtenido allí un espléndido resultado, me trasladé á las Reducciones de Ultra Collín, en donde estuve diez días.

No habiendo en estos apartados lugares casa alguna de españoles, tuve que hospedarme en las desmanteladas rucas de los pobres indígenas, quienes con la más exquisita amabilidad me prodigaron toda clase de atenciones.

Parece que Dios, conocedor de mi incapacidad para la grande obra en que me encontraba empeñado, quiso liberalmente concederme todas las facilidades para realizarla. No encontré, pues, resistencia en un solo indio para abrazar el Cristianismo; al contrario, todos ellos acudían plenteros á mi llamado, y cuando sus rucas quedaban lejos de la que yo transformaba en capilla para catequizarlos, pronto enviaban sus mensajeros á darme aviso que no les era posible venir con sus familias á las instrucciones; pero que, si yo hacía el sacrificio de honrar también sus pobres chozas, no les faltaría cómo recibirme aunque eran pobres.

Como era natural, accedía gustoso á sus invitaciones, y permanecía entre ellos hasta que los encontraba suficientemente instruidos para recibir el santo bautismo.

¡Con qué alegría recibían sobre sus cabezas las aguas regeneradoras! Al preguntarles si querían ser cristianos, ¡con qué firmeza y resolución respondían el «Sí quiero!» La más pura alegría se dibujaba entonces en sus semblantes, y de distintas modos manifestaban comprender el favor grande que se les hacía al bautizarlos.

Durante el tiempo de mis correrías, logré bautizar 148 párvulos y 162 adultos. De estos últimos cinco tenían mas de cien años. Asimismo conseguí unir con los insolubles lazos del matrimonio á 56 parejas.

Mas ¡con cuánto sentimiento de mi alma me vi obligado á abandonar el campo de acción! Era necesario volver á Lautaro para dar principio al Mes de María, y tuve que resignarme, prometiendo antes á mis queridos indios volver pronto á visitarlos de nuevo y á concluir la obra empezada.

Ellos, con amor verdaderamente filial, me repetían que no los olvidara y que volviera pronto para que les bendijera cementerio, porque eran ya cristianos y no querían ser enterrados como *perros*. Prometiles no olvidarlos nunca, y que iría á bendecir sus cementerios tan pronto como me dieran aviso que ya tenían cerrados los locales designados con este objeto.

Este ha sido el fruto de mis correrías apostólicas del año pasado; fruto que no ha podido menos que llenar de alegría mi alma, ya que, hoy por hoy, no resta al sacerdote católico otra satisfacción que la del deber cumplido.

MADAGASCAR CENTRAL

El «Corpus Christi» en Tananarive

Con singular complacencia publicamos la siguiente hermosa y consoladora relación que desde la capital malgacha nos remite el R. P. Thomas, S. J., misionero de Madagascar:

IMPRESIONADO mi corazón por las espléndidas fiestas de que acaba de ser testigo la capital de Madagascar, tomo la pluma para cumpliendo los deseos del Ilmo. Cazet, escribir la siguiente breve relación.

Forzoso es que los lectores de esta publicación sepan algo más que nuestros sufrimientos: ellos que participan de nuestras penalidades, justo es que compartan nuestras alegrías. Grandes son las primeras, porque en efecto, cual pesada losa oprime el corazón el temor de que no podremos ni aún sostener nuestras actuales obras. Pero las segundas son vivas, pues si la cruz tuvo que sufrir humillaciones, al fin las ha coronado todas con brillantes triunfos. La fiesta de esta mañana ha sido uno de las más espléndidas.

Nunca estos fieles hicieron más imponente manifestación de su fe. Desde las ocho de la mañana veíanse grupos de malgaches que adornados con sus mejores trajes dirigíanse por todos los caminos á la grandiosa plaza de Mahamasina, punto de partida de la procesión del *Corpus*: muchos católicos habían andado más de seis horas para poder asistir.

A las nueve y media de la mañana, la compacta muchedumbre, formada por más de doce mil personas, púsose en movimiento, dividiéndose en dos interminables filas, que extendíanse en torno del lago Anosy, ocupando una extensión de 1,600 á 1,700 metros. Una hora tardó en poder salir de la iglesia el ilustrísimo señor Obispo llevando el Santísimo Sacramento. Precedíale gran número de niños de coro, vestidos de roja sotana y sobrepelliz, que iban sembrando la tierra de flores ó llenando los aires con aromáticas nubes de incienso.

Casi todos los misioneros venidos de sus residencias y revestidos de ricas capas, casullas y dalmáticas formaban el cortejo del Rey de los reyes. Veíanse mecidos por el viento pendones, banderas y gallardetes, en tanto que las oraciones, mezcladas con los cantos ó interrumpidas por los alegres sonos de la charanga, subían al cielo desde los extremos todos de este inmenso desfile.

Los malgaches restaban mudos de admiración. A mí parecíame ver Lourdes con sus muchedumbres, que rogando devotas extiéndense al pie de sus montañas.

Muchos protestantes atraídos por la curiosidad á ver tan solemne y conmovedora fiesta, respetuosos descubrían sus cabezas al paso del Santísimo Sacramento. Un gentío inmenso contemplaba la procesión desde todos los lados del anfiteatro que forma, al redor de la plaza de Mahamasina y del lago Anosy, la colina sobre la cual levántase la ciudad.

Antes de despedir la innumerable multitud que concurrió á la fiesta proclamando espontáneamente su fe con tanta solemnidad, el ilustrísimo señor Obispo dirigióles la palabra, dándoles las gracias por su asistencia, é invitándoles á pedir á Dios por sus familias, por la conversión de los malgaches y por la Francia. ¡Quiera Dios escuchar estas oraciones más aún de lo que hasta hoy las ha atendido! Siempre debemos aspirar á lo mejor, pero seríamos ingratos á Dios Nuestro Señor si no reconociéramos las gracias que ha dispensado á este desventurado pueblo malgache, y que el triunfo de este día pone de manifiesto la hermosa extensión de su reino en estas lejanas tierras.

UN RECUERDO

A LOS MISIONEROS AGUSTINOS QUE HAN SUCUMBIDO EN FILIPINAS

VÍCTIMAS DEL SEPARATISMO Y DE LA MASONERÍA

Las tres primeras víctimas (1)

CUANDO más viva era nuestra satisfacción al contemplar la serie de triunfos obtenidos por nuestras tropas contra los rebeldes tagalos en los campos caviteños, cuando alentados todavía por un rasgo de esperanza registrábamos con más interés los despachos telegráficos de Manila, por ver sí, como complemento de las victorias nos anunciaban la ansiada libertad de los tres Religiosos agustinos, que desde principios del alzamiento se encontraban cautivos en poder de los insurrectos, una noticia tristísima vino á llenar nuestro corazón de la más profunda amargura y honda pena.

Según telegrama que publicó el *Heraldo de Madrid* el 8 del pasado Abril, los Religiosos, después de haber sufrido indecibles penalidades y torturas, fueron fusilados inhumanamente por los rebeldes el día 28 del mes de Marzo.

(1) Este artículo fué escrito en Mayo del año pasado, 1887; pero no nos decidimos á publicarle entonces, por esperar á ver si se nos comunicaban nuevos detalles acerca de la muerte de los religiosos. Hoy, sin embargo, solo podemos añadir, que con los tres agustinos, fué también fusilado el P. Echegoyen, recoleto, y que todos ellos fueron enterrados en el cementerio de Naic (Cavite).

Ya en otra ocasión había sido anunciada la muerte de nuestros hermanos, y varios periódicos de Madrid consignaron en sus columnas hacia mediados de Enero los atroces padecimientos y el martirio á que se decía había sido sometido uno de ellos, el P. Piernavieja: la prensa de Valladolid le dedicó también sentidas necrologías, como hijo que era de aquella provincia; pero en medio de la terrible angustia que noticias semejantes nos producían, no dimos entonces completo crédito á aquellas narraciones, juzgando poco fidedigno su primer origen: y si bien un triste presentimiento nos hacía temer que solo habían de acabar con la muerte los padecimientos de aquellos cautivos, nunca dejamos de concebir alguna esperanza. Hoy, sin embargo, en vista de los datos comunicados por persona que acompañó á dichos Padres en su cautiverio, que fué testigo y partícipe de sus sufrimientos, y presencié la muerte de los Religiosos, nada nos resta sino lamentar la triste suerte de nuestros hermanos, y encomendarlos á Dios fervorosamente; aunque con grande fundamento podemos creer que los continuos padecimientos á que durante mas de medio año han estado sujetos, y el sacrificio de sus vidas que han hecho al Todopoderoso, les habrán abierto las puertas de la gloria eterna, prometida por Dios á los que trabajan por extender el conocimiento de su santo nombre y padecen por la justicia.

Consagremos también nosotros un pequeño recuerdo á la memoria de los esclarecidos misioneros y héroes de la patria, reseñando siquiera sea sólo á grandes rasgos, sus respectivas biografías.

El P. Antonio Piernavieja nació en la villa de Rueda el año 1834. Habiéndose trasladado pocos años después sus padres, D. Victoriano Piernavieja y D.^a Teresa Valens, á la ciudad de Valladolid, estudió allí el joven Antonio la lengua latina y Humanidades bajo la dirección del catedrático Sr. Minayo, en un colegio existente en la calle de San Blas, en la casa que en la actualidad ocupa el Monte de Piedad. Desde sus primeros años manifestó decidida vocación al estado religioso, y en conformidad con este propósito pidió y obtuvo el hábito en nuestro colegio de la misma ciudad; habiendo tenido lugar su profesión en 26 de Julio de 1853. Después de cursar en el mencionado colegio dos años de Filosofía, pasó á Filipinas en compañía de 21 hermanos de hábito en 1855, y terminó su carrera eclesiástica en nuestro convento de Manila. Ordenado de sacerdote en 1858, y dispuesto ya para ejercer el ministerio apostólico, fué destinado á desempeñar la cura de almas en las provincias tagalas, habiendo sido párroco de Elcano desde el año 1859 hasta el 61, en que fué trasladado á Paombong. Posteriormente fué también párroco de San Rafael, y los muchos trabajos que en estos pueblos padeció por el bien de las almas, le produjeron una terrible disenteria que le obligó á regresar á la Península el año 1874, en busca de la salud perdida. De vuelta de Filipinas residió algún tiempo en Valladolid, de donde pasó luego á su pueblo natal; y con los cuidados que allí se le prodigaron y el método de vida que observó, logró reponerse en breve tiempo de sus dolencias. Restablecido por completo de su enfermedad, y sintiéndose con alientos para trabajar todavía en la viña del Señor, se embarcó de nuevo para Filipinas, después de haber hecho

un viaje á la capital de Francia con el objeto de ampliar sus conocimientos. Ejerció luego por bastantes años la cura de almas en el pueblo de San Miguel de Mayumo, hasta que, obligado por su avanzada edad, se retiró al convento de Guadalupe. Allí residía habitualmente el P. Piernavieja desde hace cuatro años, pasando sin embargo algunas temporadas en nuestro convento de Manila. Ignoramos con qué motivo hubo de trasladarse desde aquel punto á la posesión que tiene la Provincia en San Francisco de Malabón (Cavite); se fué por vía de vacaciones ó con el nombramiento de capellán: lo cierto es que en esta última casa se hallaba á fines de Agosto del año pasado, cuando los pérfidos caviteños, respondiendo á la conjura que tenían con la mayor parte de las provincias de Luzón, dieron el grito de alzamiento contra la madre España, y se dirigieron en busca de todos los españoles que residían en aquella provincia con ánimo de asesinarlos. Sabido es que la primera hazaña que llevaron á cabo los rebeldes fué dar cruel muerte no sólo á todos los jefes peninsulares de los destacamentos que se hallaban distribuidos en el interior de la provincia y á otros muchos particulares, sino también á todos los párrocos españoles que pudieron haber á las manos, habiendo sucumbido en aquella ocasión catorce Religiosos recoletos. Esa misma suerte hubiera cabido en aquellos días al P. Piernavieja, que en la compañía del Hermano lego Fr. Matías Rivero se encontraba en San Francisco de Malabón, sin que su avanzada edad les permitiese huir; pero á instancias, según parece, de un clérigo indígena que acompañaba á los alzados, se contentaron éstos por entonces con apoderarse de la casa y de todo cuanto en ella había, y cautivar á los indefensos Religiosos.

Sin embargo, aquel acto de piedad y de compasión del sacerdote indígena que intercedió en favor de los Religiosos, sólo sirvió para aumentarles más los padecimientos y proporcionarles un martirio continuo y prolongado. Cautivos el P. Piernavieja y su compañero Fr. Matías Rivero, son indecibles los tormentos y privaciones á que los sometieron los rebeldes. Por cartas fechadas en Manila á últimos de Septiembre, sabemos que según referencias de algunos indígenas procedentes de Cavite, fueron obligados nuestros Religiosos á ejercer los oficios más bajos y humildes con los sublevados; que al P. Piernavieja, á pesar de su avanzada edad, de su carácter sacerdotal y de los grandes beneficios que le debían, le obligaron á hacer de criado y cocinero y á servirles, despojado de su hábito religioso y cubierto solamente del taparrabos que usan los monteses. A tal extremo llegó la barbarie de aquellos desalmados, que según las mismas referencias, llegaron á uncir varias veces al P. Piernavieja á un pesado carro, forzándole á arrastrar con él los materiales que aquéllos reunían para construir sus parapetos y trincheras, y hasta pensaban repetir en el anciano Religioso los pasos todos de la pasión del Salvador. Calmado más tarde algún tanto el furor de aquellos salvajes, parece que le trataron con alguna mayor consideración; y ahora entran los detalles, que de ser exactos, como juzgamos muy probable, elevan al P. Piernavieja á la categoría de un héroe, cual ha conocido pocos la historia.

Copiamos del *Diario de Manila*, perteneciente al 8

de Enero 1897, lo siguiente: «El P. Piernavieja, como el más anciano de los Padres cautivos por los salvajes de Imus, fué nombrado en junta de cabecillas obispo de Cavite, y *velis nolis* tuvo que conformarse con aquellos nuevos cánones que le obligaron un cargo que naturalmente, *in mente*, no sólo no aceptó, sino que no le dió importancia alguna, á pesar de haber llegado aquellos fanáticos de la barbarie á exigir del Prelado por ellos nombrado les ungiera antes de entrar en acción, evitando el anciano sacerdote la más remota profanación del santo crisma, convenciéndoles de que era mejor sustancia el aceite de coco que el de olivas, para utilizarlo en la forma que lo querían los rebeldes.

«A todo esto el español, que debajo del hábito religioso alentaba con más fuerza que nunca su amor hacia la patria, proyectaba servir á la madre España dentro de sus medios, madurando un plan que decidió llevar á cabo después de las acciones de Noveleta y Binacayan el 9 y 10 de Noviembre. Hizo comprender á sus carceleros la conveniencia para la mejor cura de almas y la obligación en que estaba, de girar una visita diocesana, que efectuó tomando durante ella, y al recorrer los pueblos, datos de la organización, contingente de fuerzas, croquis de fortificaciones, detalles de baterías, etc., de toda la provincia, burlando la continua vigilancia de sus guardianes. Estos datos importantes, con una carta explicativa que á su Provincial enviaba con encargo de entregar una buena suma al indígena *leal*, que los papeles le llevaba, los había hecho porque, decía, estaba convencido de que el general Blanco desconocía la situación, medios y manera de ser de los insurrectos de Cavite. Pero aquel indio leal resultó un tao como otros muchos, y entregó á su cabecilla lo que se le había confiado, merced á la aparente fidelidad que había demostrado al gran patriota P. Piernavieja. Este fué sentenciado á morir por traidor... á los rebeldes, y por amante de su patria, España.»

La sentencia había de ejecutarse amarrando al Padre Piernavieja á un árbol, y dejándole expuesto al sol y sin comer ni beber, hasta que entregara su espíritu al Criador.

El mismo *Diario* calculaba que dicha sentencia debió cumplirse en 1.º de Enero del presente año; pero ahora sabemos que no se cumplió entonces, ni en la forma dicha; sino que murió el P. Piernavieja en compañía de los demás Religiosos el 28 del pasado Marzo, habiendo sido todos fusilados por aquella turba de salvajes.

Era el P. Piernavieja de un talento nada común, de vasta instrucción científica, de fácil palabra y ameno trato, de formas cultas y elegantes, y de una actividad y energía incomparables. Por todas estas cualidades eran muchas sus relaciones en Manila y en otros puntos, generales las simpatías de que gozaba, y no pequeña la influencia que ejercía en los centros principales de aquella capital. En los puntos donde ejerció la cura de almas llevó á cabo importantísimas mejoras, entre ellas la construcción de dos puentes en San Rafael; obras que dedicó al Gobernador general del Archipiélago, atendiendo á la circunstancia de existir en dicho pueblo un establecimiento balneario que aquella Autoridad visitaba con gran frecuencia.

El pueblo de San Juan de Guimba, que estaba situado en un punto malsano, lo trasladó al lugar en que hoy se encuentra, que es de mejores condiciones higiénicas.

Según dice el *Norte de Castilla* en la *Necrología* que le dedicó el 15 de Enero pasado, construyó diversos conventos, publicó varios artículos, y actualmente se ocupaba en la traducción al tagalo de una obra de instrucción religiosa. Nosotros no tenemos noticia de estos escritos.

En el salón de la Redacción del mencionado *Diario Vallisoletano* estuvo expuesto el 15 de Enero el retrato del P. Piernavieja, juntamente con la cinta que sirvió en su ordenación sacerdotal; y el Ayuntamiento de aquella capital parece que ha pensado en dedicar al benemérito Religioso una calle.

El mismo Mariano de Cavia, á pesar de sus ideas volterianas, admira la singular figura del P. Piernavieja, dedicándole unas líneas en el *Imparcial*, y llamándole *español sublime*.

El P. Domingo Candenás nació en Ocaña, provincia de Toledo, el 12 de Mayo de 1865, y profesó de votos simples en nuestro colegio de Valladolid en 27 de Agosto de 1887. Después de cursar en aquel colegio dos años de Filosofía, pasó al de La Vid, en donde continuó su carrera é hizo su profesión solemne en 28 de Agosto de 1884. En Julio del 85, año en que recibió la Provincia de Filipinas el Real monasterio del Escorial, fué trasladado á dicho Real sitio con los primeros que pasaron de aquel colegio. Cursó en el Real monasterio la Sagrada Teología, Derecho Canónico y Moral por espacio de tres años, hasta que en 19 de Octubre de 1888 se embarcó para Filipinas en compañía de otros trece agustinos. Ordenado de sacerdote, é impuesto en el conocimiento del idioma tagalo, que estudió en Pasig bajo la dirección del R. P. Simón Barroso, ejerció la cura de almas primero en Cuenca, provincia de Batangas; después pasó al pueblo de Malate, arrabal de Manila, en donde estuvo tres años, y últimamente fué destinado á Talisay, en la mencionada provincia de Batangas.

Dos años llevaba el P. Candenás en este pueblo cuando comenzó la insurrección tagala.

Los rebeldes, después de hacerse dueños de casi toda la provincia de Cavite, trataron de penetrar también en la de Batangas, y uno de los puntos primero

por ellos atacado fué Talisay. El pequeño destacamento de tropas que le guardaban, acudió inmediatamente al convento, que, como obra de sólida mampostería, ofrecía mejores condiciones de defensa. Allí estuvieron las tropas leales oponiendo larga resistencia á la numerosísima turba de rebeldes que les acometía, y encontrábase ya aquel puñado de valientes en grave apuro, cuando supieron que venía en su ayuda otra columna de Tanaguan.

Entonces, juzgando los sitiados que saliendo fuera podrían hacer un escarmiento en el enemigo, cogiéndole entre dos fuegos, se lanzaron precipitadamente á la calle. El P. Candenás, llevado del deseo de prestar los

auxilios espirituales á los que lo necesitasen, se decidió á acompañar á las tropas, pero con tan mala suerte, que á los pocos momentos caía gravemente herido de una bala enemiga, sin que los soldados tuviesen tiempo para recogerle y llevarle consigo. En esta situación se acercaron á él los rebeldes y le prendieron, llevándole cautivo á Imus. Nada se volvió á saber de él por bastante tiempo, y llegó á creerse ya que había muerto de la herida, ó le habrían asesinado los alzados; pero hacia últimos de Noviembre se recibió en Manila una carta de su puño y letra, sin fecha ni lugar, en la cual decía que estaba bueno, y que le trataban los rebeldes con mucha consideración. De creer es que esta carta la escribiese forzado por sus carceleros, y que no serían grandes las

atenciones y respetos que con él guardasen; pero por ella á lo menos se vino en conocimiento de que no estaba muerto. Ahora vemos el triste fin que ha tenido nuestro querido compañero, á quien bárbaramente fusilaron los rebeldes el 28 del pasado Marzo.

El P. Candenás, bajo un exterior algún tanto áspero en apariencia, ocultaba un fondo hermosísimo, y un corazón siempre dispuesto á sacrificarse por sus prójimos y á ayudarles en todo lo que pudiese. Era Religioso de una conducta intachable, y tenía actualmente 32 años de edad. Dios le habrá premiado los muchos trabajos y la cruel muerte que sufrió por su amor.

El H. Fr. Matías Rivero vió la luz primera en Ayllón, provincia de Segovia, en 24 de Febrero de 1837, y profesó en nuestro colegio de La Vid en 18 de Enero de 1870. Pasó á Filipinas con otros tres compañeros en 1877, y allí sirvió en diferentes oficios tanto en



ILMO. SR. CARR, arzobispo de Melbourne. (Pág. 399)

nuestro convento de Manila como en la casa de San Francisco de Malabón. Cautivado en Agosto del año pasado por las desalmadas turbas caviteñas, nada se ha vuelto á saber de él hasta estos días, en que se nos participa la muerte que le dieron en compañía de los Padres arriba mencionados. Era un Religioso ejemplar.

Que Dios tenga en cuenta el sacrificio de los Religiosos para perdonar á sus asesinos y abrir los ojos á los que, con una ceguedad increíble, han sembrado en aquellas hermosas islas el germen de tantas calamidades como lamentamos.

FR. MANUEL DíEZ AGUADO,
agustiniano.

Mayo de 1887.

Á LA TETILLA IZQUIERDA

Copiándola de nuestro católico compañero *El Siglo Futuro*, á quien se la remiten recortada del periódico *Vida Nueva* los Procuradores de las Ordenes Religiosas de Filipinas, insertamos á continuación la defensa que de nuestros beneméritos y heroicos Religiosos hizo insertar en la precitada *Vida Nueva* el comandante de Estado Mayor D. José de Elola, contestando á las insensateces y repugnantes falsedades del hereje Blasco Ibáñez.

Dice así la elocuente, serena y magnífica contestación del señor Elola.

CONSULTA PÚBLICA

CONTESTACIÓN Á «LEPRA FRAILUNA»

LEPRA *frailuna* se titula un artículo que apareció en el 4.º número de *Vida Nueva*. Lo inexacto de las afirmaciones que en él se sientan como indiscutibles verdades, lo injusto de los juicios formulados, lo apasionado del fondo, lo violento de la forma y lo gravísimo de las excitaciones que contiene son tales que justifican esta contestación en defensa de la verdad y la justicia, sentando desde el principio que no soy fraile, ni cura, ni tengo que ver nada con unos ni con otros.

«En el artículo citado, se da como cosa sabida que la insurrección filipina no tuvo otro carácter que el de un levantamiento contra los frailes. Sin duda, piensa su autor que los tagalos aman mucho al resto de los españoles; sin duda para él, el plan de asesinar al Capitán general y á todas las Autoridades, *antes de asaltar los conventos*, según consta en las instrucciones dadas á los afiliados por el *Consejo Supremo del Katipunán* en 12 de Junio de 1896, no es señal de que la rebelión fuera contra España; indudablemente el tener nombrado con anterioridad un Ministerio formado por Bonifacio, Plata, Jacinto, Rosario, Pantas y Pacheco, era porque no se trataba de sacudir nuestra dominación; y por último, para que nadie dude que lo único aborrecido en Filipinas eran los frailes, y que dicho odio no iba contra el *castila*, no se me ocurre nada más convincente que transcribir la segunda de las instrucciones ya citadas. Dice así:

«Segundo: Una vez dada la señal convenida de H. 2 «Sep., cada herm. cumplirá con el deber que esta G. R. «Log. le ha impuesto, asesinando á todos los españoles, «sus mujeres é hijos, sin consideraciones de ningún género, de parentesco, amistad, gratitud, etc.

«Después de esto, será difícil que nadie sostenga que la insurrección filipina fué sólo un levantamiento con-

tra los frailes. No soy yo, son los mismos insurrectos, *el Katipunán*, quien lo niega terminantemente.

«Con el vigor que es característico en sus escritos, hace el Sr. Blasco Ibáñez, en el artículo que impugnamos, una breve pintura del tiránico régimen en que el fraile mantenía al indio. Son no más que unas cuantas pinceladas, pero tales, que bastan y sobran para horrorizar á cualquiera... No tienen otro defecto sino que no reproducen con verdad lo que en Filipinas ocurre. Pensando que, por lo insignificante de mi personalidad y por estar tan distanciado en ideas del Sr. Blasco Ibáñez, mis personales opiniones han de tener poco peso, así como antes recurrí al *Katipunán*, voy á buscar ahora para contestarle palabras de quien será para él gran autoridad: las de Eliseo Réclus, socialista, anarquista, nihilista y anteclerical furibundo.

«Los filipinos son de los pueblos más civilizados del «Extremo Oriente. (*Geografía Universal*, t. XIV, «pág. 551). Los han civilizado los frailes.

«Pero si los filipinos están, en lo que se refiere á industria, comercio, viabilidad, por bajo de los javaneses; si su desarrollo, aunque considerable, es, sin embargo, menor que el de aquéllos, ocupan bajo otro aspecto un rango superior: los habitantes no son ilotas «mantenidos por sus amos en la inferioridad sin esperanza de redención. En tanto que los holandeses viven «como en otro mundo por cima de sus súbditos, que «diferentes en trajes, costumbres, idioma y religión, «miran á sus conquistadores como hombres de otra especie, los españoles han acercado á ellos á los filipinos. «*Estos españoles que han elevado el nivel moral de «los filipinos son los frailes.*

«La mayor parte de los indios aprenden á leer y escribir el castellano. (*Geografía Universal*, t. XIV, «pág. 555).»

«Y en la página siguiente agrega que «la cultura «europea arrastra gradualmente á los filipinos en su «órbita sin haberlos reducido como á tantos otros á la «condición de siervos, sin haberlos hecho pasar por la «dura etapa del pauperismo.»

«Réclus es testigo de mayor excepción en este alegato, al que nadie podrá acusarme de traer testimonios interesados de gente allegada á los frailes. Y todavía va á ser la misma autoridad la que impugnará la afirmación de que por sostener á aquéllos perdemos Filipinas, diciendo que: «Es el cura, más bien que los «soldados y los cañones, quien asegura á España la «perfecta sumisión de los naturales. (*Obra y tomo citados*, pág. 557).»

«Después de esto sólo me permitiré agregar de mi cosecha, que en tanto que entre el fraile y el indio no se han interpuesto las Sociedades secretas, haciendo creer al último que de un salto podía pasar de semi-salvaje á hombre civilizado y de trabajador á propietario holgazán, allí ha habido paz.

«Otra acusación lanzada contra los Religiosos de Filipinas, tan gratuitamente como las demás, es la de cobardía, mostrándonos al Arzobispo escapando de Manila, y á sus subordinados huyendo y encerrándose como mujeres y niños. Por lo que respecta al P. Nozalea, toda la prensa acaba de enterar al público de que es falso que haya abandonado á Manila; la especie fué un

rumor acogido precipitadamente, y por algunos con fruición: en cuanto á los pobres frailes, muchos han recibido la muerte en su parroquia, y otros se han refugiado con los habitantes inermes de las poblaciones en las casas fuertes. No han cogido un fusil yéndose á matar insurrectos, porque entonces los que piensan como el Sr. Blasco Ibáñez los hubieran llamado trabucaires, pues es muy difícil acertar con quien está dispuesto á encontrarlo todo mal.

«De la cobardía de los Religiosos filipinos puede dar muestra el hecho de D. Mariano Gil, cura de Tondo, penetrando solo y desarmado en la imprenta del *Diario de Manila*, para arrancar á sus cajistas, todos afiliados entre los asesinos del *Katipunán*, los documentos de la conspiración y las armas que allí tenían. Con este acto, pocos días antes del fijado para ejecutar la general matanza, aquel agustino salvó las vidas de millares de españoles, exponiendo la suya á los puñales de los asesinos juramentados, entre quienes bravamente fué á buscar las pruebas de la conjuración.

«Aún hace pocos días, los periódicos han dado la noticia de que salieron de Manila unos cuantos frailes á predicar la resistencia contra los yanquis y la adhesión á España. En esta época, en que tanto se abusa del ditirambo ampuloso y de los adjetivos encomiásticos, no hemos leído sino la noticia escueta, sin un comentario, sin un elogio, sin duda porque el metro heroico, que hoy se aplica al mero y estricto cumplimiento de los más elementales deberes, derrochándolo sin ton ni son, no se considera que debe emplearse con hombres que, solos y desarmados, se lanzan en medio de hordas sin freno ni ley que han jurado su muerte.

«Estos son los cobardes. En cambio, cualquier día, al paso que vamos, leeremos en algún periódico el siguiente suelto:

«Ayer, á las tres de la tarde, cuando un sol ardiente «y abrasador inundaba la calle de Alcalá, un cartero «repartía heroicamente la correspondencia en medio de «aquellos efluvios de fuego.»

«En el artículo *Lepra frailuna* se recuerdan así como con deleite los cobardes asesinatos de inermes frailes llevados en cabo á Madrid á impulsos de una calumnia propalada entre el pueblo por gentes interesadas: á aquel borrón vergonzoso de nuestra historia se le llama *matanza saludable*. A vuelta de insultos, de que no hay para qué ocuparse, porque cuando habla la pasión es inútil que la razón intente contrariarla, termina el Sr. Blasco Ibáñez su arrebatada diatriba expresando el deseo de que en Filipinas sean asesinados todos los frailes, y excita al pueblo español á que si regresan algunos los ahorque.

«La verdad es que, prescindiendo de lo poco cristiano y aún de lo poco humano de la intención, no deja de tener gracia que quien predica la fraternidad universal proclame tales procedimientos; y es notable que los que hacen á los católicos el mayor de los cargos por su falta de tolerancia, no encuentren más suaves instrumentos para ejercer la suya que el puñal y la cuerda puestos en manos de ciegas multitudes.

«Si son éstos los progresos de la filosofía atea, medrados estamos; si éstas son las conquistas de la campaña contra el Catolicismo, ¡pobre humanidad! pues

hay que ser lógicos, y si los que opinan de distinto modo que los frailes creen tener derecho á hacerlos asesinar, no encontrarán reprehensible, que los católicos que lleguen á olvidarse de lo que su Religión significa, entren cualquier día á navajazos en los congresos ó reuniones de librepensadores; porque tan convencidos, por lo menos, como ellos puedan estar de la perversidad de los curas, están éstos de la maldad de sus enemigos.

«Pero supóngase que el autor de *Lepra frailuna* llega á un pueblo y se reúne con unos cuantos colegas que coinciden con él en ideas, y en pos de ellas comienzan á hacer propaganda y celebrar *meetings*; imagínese que los curas de la población comienzan á agitar contra ellos al pueblo, diciéndole que son perversos, sacrílegos y que predicán la inmoralidad; admitamos por remate que estando departiendo tranquilamente los apóstoles de las nuevas ideas, ven entrar á una turba salvaje que, sin llegar á asesinarlos, les da una buena paliza, y luego entre silbidos y pedradas los acompaña hasta la estación del ferrocarril. A buen seguro que el Sr. Blasco Ibáñez hablaría de barbarie, de salvajismo, del libre derecho de propaganda, de la augusta majestad del pensamiento. ¿Dónde pondrían el grito los cleróforos? Y con razón. Pues á eso conducen las excitaciones como la del artículo que combatimos: á la más espantosa barbarie, á dirimir las diferencias de criterio á puñaladas.

«Al fin de este siglo de tremendo é infructuoso luchar, cuando España, desangrada y exánime, necesita del concurso de todos sus hijos para reponerse y levantarse, regenerándose por el trabajo y el orden, todo lo que tienda á dividir á los españoles en banderías es un crimen de lesa nación; el pensar en tan supremos instantes en exclusivismos de secta, en sacar triunfantes personalidades ó principios discutidos, es seguir desgarrando el seno de nuestra madre España, es abrir camino á nuevas luchas que consuman la sangre de sus hijos, malgastar el sudor del jornalero honrado, que es el tesoro único que puede darnos el día de mañana una patria robusta y respetada.

«Tregua á los odios que ensangrientan la España del siglo XIX; mueran las banderías que destrozaron y empequeñecieron á esta nación, que ha menester de todas sus energías para el trabajo.

«¡Por Dios, que los albores del siglo XX iluminen, ya que no grandezas de la patria, la laboriosidad de sus hijos y el amor entre los españoles!

«JOSÉ DE ELOLA.

«Julio, 1898.»

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS

(Continuación)

Lo que rechazan como instituciones católicas

«Ponderan cuantos sobre Filipinas han escrito los beneficios que ha reportado el país, y muy principalmente la dominación española, de ese sistema en que el Párroco y el misionero eran el intermediario, más ó menos directo, entre los Poderes públicos y la masa de la población filipina. Eso no nos toca á nosotros demostrarlo, que bien lo manifiesta la historia de este Archi-

piélago, y lo está diciendo en elocuentes, si bien trágicas voces, la realidad con los deplorables resultados que está palpando España, y á los cuales ha conducido la insensata y suicida propaganda contra las Ordenes religiosas. Lo que sí nos toca decir al presente es que, si como está obligada por compromiso solemne contraído ante los Sumos Pontífices y ante la Europa cristiana, no atiende la Autoridad civil con diligentísimo esmero á sostener, fomentar y garantizar en las islas la Religión y la moral, conforme á las enseñanzas y preceptos de nuestra santa Madre la Iglesia; si no opone un fuerte muro á la avalancha de insultos, dictérios y sistemática oposición á los Religiosos de Filipinas, que va invadiendo la Península y el Archipiélago; si no persigue, con la firmeza de todo Gobierno previsor, á las Asociaciones secretas, y no hace que, en público y en privado, en todas las esferas del orden social, por lo que atañe al Estado y á sus agentes, seamos respetados y atendidos, como exige nuestro carácter de sacerdotes y de Corporaciones españolas, rechazando todo proyecto que de una ú otra forma tienda á desprestigiar-nos y á rebajarnos, impidiendo el fruto de nuestros trabajos, no hay manera digna y decorosa, y lo decimos con profundísimo dolor, de que podamos continuar en las islas.

No hemos de ser menos, excelentísimo señor, en nuestro orden que los militares, á quienes se honra y enaltece cual exige su profesión; menos que la clase de funcionarios de la administración, cuyos derechos y prerrogativas se defienden y garantizan por el Estado; menos que las Compañías y empresas mercantiles é industriales, á las que se considera y ampara como elementos impulsores de la pública riqueza; menos que las Asociaciones de abogados, médicos y otras profesiones científicas, artísticas ó mecánicas, á las cuales en toda sociedad bien organizada se honra y respeta. Creemos, y esta creencia nada tiene de exagerada, que, como instituciones católicas, tenemos derecho á todos los honores, exenciones y privilegios que la Iglesia y el Estado cristiano, y las leyes conforme á las cuales se establecieron las Ordenes religiosas en Filipinas, reconocen á las personas y Corporaciones eclesiásticas, y particularmente á los regulares, y que, como instituciones españolas, se nos debe considerar de igual modo que á las demás entidades que han nacido y viven bajo el amparo de la bandera de la patria.

Como instituciones católicas, debemos con toda la energía de nuestra alma rechazar, por contrarias á los fueros imprescriptibles y supremos de la verdad y del bien, y á los derechos primordiales de la Iglesia, la libertad de cultos y las demás funestas y falsas libertades de emisión del pensamiento, de imprenta y de asociación, que por algunos se pretende traer á este Archipiélago, y las cuales pugnan con los más rudimentarios deberes del Patronato que aquí ejerce España, según claramente se consigna en diferentes lugares de la Recopilación de Indias. De igual modo rechazamos, porque contraviene á los derechos de la Iglesia, la pretendida secularización de la enseñanza, conforme se nos enseña en las proposiciones 45, 47 y 48 del *Syllabus*, obligatorio para todos los católicos, y muy principalmente á los príncipes y Gobiernos cristianos.

Contraria á esos derechos y completamente abusiva y tiránica, sería toda medida que el poder secular tratara de adoptar con las Ordenes religiosas del Archipiélago, ya entrometiéndose en su régimen y disciplina regular, ya secularizándolas, ya desamortizando sus bienes, ó poniendo trabas á la libre disposición de los mismos, ya separando de su obediencia á sus súbditos, ya privándoles de los honores y preeminencias que, según los Cánones, las leyes de Indias y el derecho público cristiano, les corresponden, como se enseña en la proposición 53 del mencionado *Syllabus*. Contraria es á las santas prescripciones de la Iglesia toda ley que tienda á suprimir, amenguar ó debilitar los sagrados fueros de la inmunidad eclesiástica, personal, real ó local. Contraria es también á la Iglesia, y tiene sabor á las herejías de Wicleff y de Lutero, toda disposición que niegue al clero el derecho á los estipendios y obenciones que le son debidos por su sagrado ministerio, y trate de inmiscuirse en asuntos de aranceles parroquiales, materia privativa de la jurisdicción eclesiástica. Contrario al honor y santidad del estado religioso es suponerle incapaz de ejercer la cura de almas, y decir que regentando parroquias vulneramos los Cánones, cuando precisamente conforme á ellos cristianizamos este país, y después lo hemos seguido administrando. Vejatorio al clero regular, y opuesto á los legítimos derechos adquiridos, es que por la Autoridad civil se intente despojar á las Corporaciones religiosas de los ministerios y Misiones por ellos fundados y regentados al amparo de las leyes de Indias y disposiciones soberanas de la Sede Apostólica. Incompatible con el voto de obediencia que liga á todo Religioso, es que á los individuos del clero regular que desempeñen cura de almas, se los sujete plenamente á la autoridad del Diocesano, privando á su Prelado de las atribuciones que tiene sobre sus súbditos: y no puede consentirse que el Obispo, con merma ó detrimento de los derechos del superior regular, quite á su libre arbitrio las curas regulares, siendo así que los ministerios radican inmediatamente en la Corporación, la cual designa quien de sus Religiosos deba desempeñarlos.

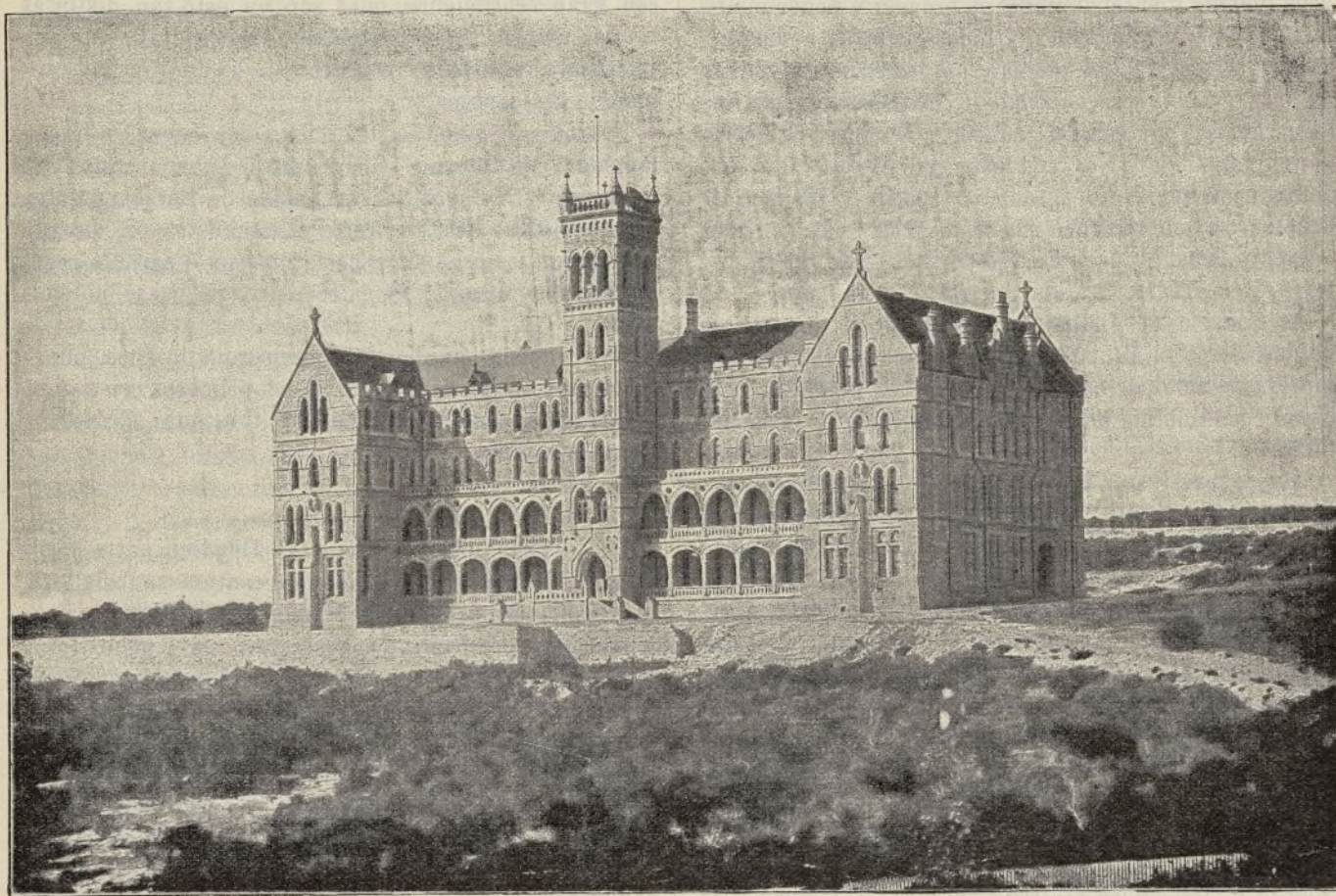
La necesidad de mantener intacta la autoridad del Prelado regular sobre sus curas y misioneros

Nadie ignora que las Corporaciones religiosas del Archipiélago son colectividades compuestas en su inmensísima mayoría de párrocos y de misioneros; y si esto es así, y debe ser, para que las Ordenes llenen el fin peculiar para que vinieron á Filipinas, ¿cómo se podría mantener la jurisdicción del Prelado regular, si se le mermasen las atribuciones que para el gobierno de sus súbditos, de cualquier clase que éstos sean, ha recibido de la Santa Sede, única autoridad inmediata á que están sujetos los regulares? Por leyes pontificias, los Religiosos destinados á las doctrinas y Misiones se consideran, en todo y por todo, como *viventes intra claustra*, lo cual significa que sobre ellos tienen sus superiores idénticos derechos y atribuciones que sobre cualquier súbdito rigurosamente conventual. Si así no fuera, se establecería en las Ordenes, con mayor ó menor extensión, la vida individual; los vínculos colectivos desaparecerían; los Prelados regulares vendrían á ser

meras figuras decorativas; y las Corporaciones religiosas, perdiendo la disciplina interna, que tanto vigor y fuerza les da, quedarían convertidas en Asociaciones de presbíteros, que si un día pronunciaron religiosos votos, no tienen después con sus superiores otros vínculos que el hábito y el nombre corporativo, y, si acaso, el tener la puerta franca para recogerse al convento de donde salieron, cuando ellos lo deseen, ó cuando el Obispo lo ordene.

La acción del Prelado regular sobre los curas y misioneros de su Orden, tiene que ser tan activa, inmediata, enérgica y universal, que pueda cambiarlos, removerlos, trasladarlos, darles otra ocupación y des-

continuar al frente de su parroquia ó Misión, y todos se retirarían á sus conventos de Manila. No será así, porque los mismos señores diocesanos se opondrían enérgicamente á ello, confesando como confiesan, que precisamente por ser regulares la inmensa mayoría de su clero parroquial, éste vive con tal moralidad y tan asidua aplicación á su ministerio, que con dificultad lo encontrarían en presbíteros seculares, ó en regulares no sujetos plenamente á su Orden, estando por consiguiente interesados ellos, por amor á sus ovejas, en que los ministerios parroquiales del Archipiélago continúen regidos por las mismas leyes que hasta el presente. Y no será así tampoco porque la Santa Sede,



AUSTRALIA.—Gran Seminario de San Patrik en Sydney. (Pág. 399)

tino, y resultar en todo sobre ellos tan ejecutiva su autoridad, como si se tratara del último de los Religiosos conventuales. Eso pide la disciplina regular, y eso exige el voto de obediencia; y cuanto sobre el particular se intente que venga á restringir ó debilitar la jurisdicción de la Orden, equivale á burlar la intención de los Religiosos, quienes no profesamos para ser súbditos del Obispo, sino para ocuparnos en los destinos de la Religión que nos señalen nuestros Prelados; equivale á desnaturalizar las Corporaciones religiosas, y por lo tanto á destruirlas, que es lo que pretenden los separatistas.

No será así, estamos seguros de ello, porque en el momento que se dictara una ley separando á los Párrocos y misioneros de la subordinación á su Prelado, ó mermando y restringiendo las facultades de éste, ningún Religioso, por deber de conciencia, se atrevería á

guardiana celosa de los intereses de la cristiandad en estas islas, no menos que del prestigio de los regulares, tampoco lo consentirá; y en último trance pondría al Gobierno el dilema de que, ó se le propusiera un personal apto y suficiente que, de modo estable y dignamente, pudiera reemplazar á las Corporaciones religiosas de Filipinas, ó que de lo contrario continuaran éstas desempeñando sus actuales ministerios, sin la menor merma de la jurisdicción de sus respectivos Prelados regulares.

Obligación de España á enviar á estas islas ministros de la Religión católica y á garantirla sólidamente

Y no será así, finalmente, porque el Gobierno de la patria jamás puede olvidar (respecto á este punto y á los demás que interesamos en la presente exposición) el testamento de Isabel la Católica, ley fundamental y

capital en estos dominios, por la cual está obligado á enviar aquí Prelados y Religiosos, y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir sus vecinos en la fe católica y los doctrinar y enseñar buenas costumbres; porque ninguna cosa debe desear más que la publicación y ampliación de la ley evangélica y la conversión y conservación de los indios en la santa fe católica. «Y porque á esto, como al principal intento que tenemos, enderezamos nuestros pensamientos y cuidado, mandamos y cuanto podemos encargamos á los de nuestro Consejo de Indias que, *pospuesto todo otro respeto* de aprovechamiento é interés nuestro, tengan por principal cuidado las cosas de la conversión y doctrina, y sobre todo se desvelen y ocupen con todas sus fuerzas y entendimiento en proveer y poner ministros suficientes para ello, y todos los otros medios necesarios para que los indios y naturales se conviertan y conserven en el conocimiento de Dios Nuestro Señor, honra y alabanza de su santo Nombre, de forma que, cumpliendo Nos con esta parte que tanto nos obliga y á que tanto deseamos satisfacer, los del dicho Consejo descarguen sus conciencias, pues con ellos descargamos la nuestra. (Ley 1.^a, tít. X, lib. 6.^o, y ley 8.^a, tít. II, lib. 2.^o, de la Recop. de Indias).»

Al Consejo de Indias ha sustituido el Consejo de ministros con el Ministerio de Ultramar, de cuya religiosidad y celo por cumplir los deberes fundamentales de su cometido no nos es permitido abrigar la menor duda.

Muy expresiva es también al propósito que nos ocupa la ley 65, del tít. XIV, lib. 1.^o de la misma Recopilación: «Mandamos á los virreyes, presidentes, oidores, gobernadores y otras justicias de las Indias, que á los Religiosos de las Ordenes que residen en aquellas provincias y se ocupan en la conversión y doctrina de los naturales, con entera satisfacción nuestra, de que Dios ha sido y es servido, y los naturales muy aprovechados, les den todo el favor para ello necesario, honren mucho y animen á que prosigan, y hagan lo mismo y más, si fuere posible, como de sus personas y bondad esperamos.»

(Se continuará).

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKIN

IV

La Sociedad de las Misiones Extranjeras en el Tonkin.—Reverendo P. Deydier.—Ilmo. de La Motte-Lambert.—Los sacerdotes indígenas.

TERMINADOS ya los santos Ejercicios, marcharon los catequistas á ocupar el lugar que de antemano les designara el P. Deydier, quien colocó á los más jóvenes bajo la inmediata dirección de aquellos cuya edad era algo avanzada, y conservó junto á sí á Benito Hien, Juan Hué y otros cinco catequistas que había elegido para ministros del Señor. La misma embarcación que durante los Ejercicios hacía las veces de retirado claustro, vino á ser el primer Seminario del Tonkin. Escondidos en las ensenadas del río Rojo ó en sus solitarias riberas, las barcas del Tonkin reemplazaban las catacumbas romanas.

El P. Deydier nos ha legado el relato, escrito con sencillez y humildad, de los principios de este Seminario que, andando el tiempo, debía ser el más fecundo de cuantos contaran las Misiones del Extremo Oriente.

«Hoy, escribía á su Obispo, principiamos á observar vida de comunidad, ó mejor vida apostólica: comemos todos reunidos; por turno leemos en el refectorio y servimos la mesa, sin eximirnos de ello ni yo ni ninguno de los jóvenes seminaristas. Al proponerles este método de vida opusieron alguna resistencia, pero al oír de mis labios la explicación del ejemplo que nos da nuestro Divino Maestro cuando se humilla hasta lavar los pies del abominable traidor Judas, quedaron sin saber que replicarme, y viéronse obligados á rendirse, si bien con gran sentimiento, pues son en esto tan distintas las costumbres de los japoneses, que generalmente entre ellos ni aun las mujeres comen hasta que han terminado sus esposos.

«Otros varios son los ejercicios que hacemos en comunidad. Mi dinero y todo cuanto me confiaron los catequistas está depositado en manos de Rafael, á quien hemos elegido por tesorero y administrador. Cuanto me envían los cristianos como limosna ó para la celebración de Misas, á él es remitido sin pasar por mis manos.

«De manera, que por la misericordia de Dios, nuestro estado actual es igual al de los primeros cristianos, de los cuales dice la Sagrada Escritura que: *Erant cor unum et anima una, erant illis omnia communia.*»

Poco tiempo permaneció el P. Deydier entre estos jóvenes seminaristas; dejélos que continuaran sus estudios, y empezó á visitar la Misión, recorriendo las provincias de Nan-Dinh, de Ninh-Binh, de Thanh-Hoa y subiendo hasta Son-Tây. Antes que la aurora coloreara con sus primeros reflejos los confines del horizonte, ya el Padre, sacudiendo el sueño, había abandonado su lecho, y se dirigía á celebrar el santo sacrificio de la Misa, á la cual asistían los cristianos todos: tres veces al día, por la mañana, á las tres de la tarde y por la noche, elevaba al Señor fervientes oraciones: y á la par iba también organizando la Misión; nombró los jefes de cada parroquia, y compuso un Catecismo de la doctrina cristiana. Varias horas de la noche pasábalas oyendo confesiones: en Ke-Nam bautizó más de seiscientas personas y confesó dos mil quinientas; en Ke-Song bautizó también muchos neófitos. La sombra y el misterio rodeaban todos sus trabajos, pues todo debía temerlo de la vigilancia de los mandarines, del espionaje de los soldados, de la susceptibilidad de los malos cristianos, herida por las reprensiones que contra su mala conducta les dirigiera, del orgullo de algunos letrados, con frecuencia sumamente ofendido por las muchas semanas que se les obligaba á pasar antes de recibir el bautismo.

Aconteció un día que una madre de familia privada de frecuentar los Santos Sacramentos por haber casado dos de sus hijas con paganos, denunció al misionero. Gracias á un regalo ofrecido por el intérprete Rafael, un mandarín paró el golpe, explicando al Rey que el hombre acusado de predicar la Religión era un francés

residente en Siam y venido al Tonkín para unirse á una embajada, cuya próxima venida se anunciaba. «Este francés, añadió, no posee nada digno de ser ofrecido á vuestra Majestad, y por eso no se atreve á comparecer ante vuestra presencia: sin embargo, tiene vivísimos deseos de permanecer en vuestro reino.»

El Soberano enteróse del poder y de las riquezas que poseía Francia y de sus relaciones con Holanda, cuya factoría de Héan hallábase en estado muy floreciente.

«Francia, contestó el mandarín, es el reino más poderoso de Europa, y en él compran los holandeses los más hermosos objetos que exportan á estas regiones.»

Esta razón satisfizo al Rey: en el decurso de los años oiremos repetirla en Anam, produciendo iguales resultados, pues la base de la tolerancia religiosa fué durante largo tiempo el interés comercial.

Pasado este peligro, otro nuevo amenazó al misionero: un capitán de la guardia real, que pretendía recibir el bautismo sin previa instrucción, airado porque no se le concedía, faltó poco para que lo denunciara. Durante uno de sus viajes, hallóse con la flota real, y para evitar la persecución, tuvo que seguirla cual si formara parte del cortejo.

En otra ocasión para poder escapar, tuvo que fingirse criado de un holandés.

Dios bendecía y auxiliaba los trabajos del misionero, derramando abundantes y muy singulares gracias, cuyos efectos repercutían hasta los últimos confines del reino, y de las cuales los anales de la Misión del Tonkín han conservado el recuerdo. La viuda de un letrado llamado Dieou, mujer que gozaba de mucho crédito delante el Rey, tenía dos de sus nietas gravemente enfermas. En las regiones todas de la tierra, bajo todos los climas del universo, misteriosas afinidades y vivísimo amor une á la abuela con sus nietos. Dieou nada economizó para salvar á las que amaba; pero las consultas de los médicos más hábiles y de los más renombrados bonzos fueron completamente inútiles. La desgraciada mujer, que había oído algo de los cristianos y de la omnipotencia de su Dios, mandó llamar á un catequista, y mostrándole sus nietas le dijo:

—Rogad por ellas, administradles el bautismo, haced lo que queráis, una sola cosa os suplico: salvadlas.

Pasando por las calles de Judea, Jesucristo sintió conmovérsele el corazón al escuchar los tristes acentos del dolor maternal, y el hijo de la viuda de Naím levantóse lleno de vida del ataúd en que yacía. Desde lo alto de los cielos escuchó los votos de la mujer anamita y las oraciones de los fieles, y misericordioso devolvió la salud á ambas niñas. La abuela, llena de amor y felicidad, no fué desagradecida: confesó al Soberano Señor de todas las cosas, adorólo y recibió el santo bautismo junto con sus dos nietecitas, atrayendo con su ejemplo á otra de las damas de la Corte real y á una cuñada del Rey.

La gracia divina manifestóse aun con mayor eficacia en la provincia de Thanh-Hoa. El misionero bautizó setecientos cincuenta y ocho infieles, adultos en su mayor parte.

Un catequista llamado Martín, que hacía trece meses

predicaba en la provincia de Nghe-An y en el Bô-Chinh, fué á encontrar al misionero para darle cuenta de las bendiciones que Dios había derramado sobre sus trabajos. Logró que los cristianos volvieran á la práctica de sus obligaciones, y bautizó con la ayuda de un catequista de segundo orden unas tres mil personas. Abundantes frutos obtuvo también el santo celo de los demás catequistas. «El resultado, dice el P. Deydier, es el siguiente: siete mil ochenta personas, cuyos nombres obran en mi poder, han sido regeneradas este año con las aguas bautismales. Las por mí bautizadas suman mil quinientas (1667).»

Unas veces los beneficios, otras los castigos, todo contribuía á acrecentar los progresos de la fe. Un cristiano y su esposa fueron atacados de desconocida enfermedad, después de haber casado su hija con un pagano; un consejero del Rey que solicitó y obtuvo un edicto de persecución, fué destituido de su cargo, y su esposa é hija murieron mal. Labios paganos confesaban la omnipotencia divina: «El Dios del cielo os ha protegido, decía en sus últimos momentos un denunciador de misioneros; nada dejé sin hacer de cuanto podía perderos, y El os ha salvado siempre.»

Deseando aumentar el número de conversiones, el P. Deydier ordenó marcharan á Siam, residencia del Ilmo. de la Motte-Lambert, los dos más aventajados catequistas, y suplicó al dicho señor Obispo que se dignara conferirles órdenes sagradas.

El Vicario apostólico aposentó en el Seminario á los catequistas del P. Deydier, completó su instrucción, y ordenóles sacerdotes el mes de Mayo ó Junio del año 1668. Ellos fueron las primicias de los clérigos tonkines, las primicias de esta numerosa generación de sacerdotes indígenas valerosos, hábiles, llenos de celo y de virtudes, firme sostén de sus iglesias y compatriotas cuando arreciaban con más fuerza y devastadora saña los mortíferos vientos de la vil persecución, dignos, en fin, salvo raras excepciones, de las siguientes palabras que pronunciara el Obispo sobre sus inclinadas cabezas el día de la consagración: «Vosotros sois la raza elegida, el sacerdote real, la nación santa, el pueblo conquistado para que anunciéis las grandezas de Aquel que os llamó de entre las tinieblas en que vivíais, para alumbraros con torrentes de vivificadora luz.»

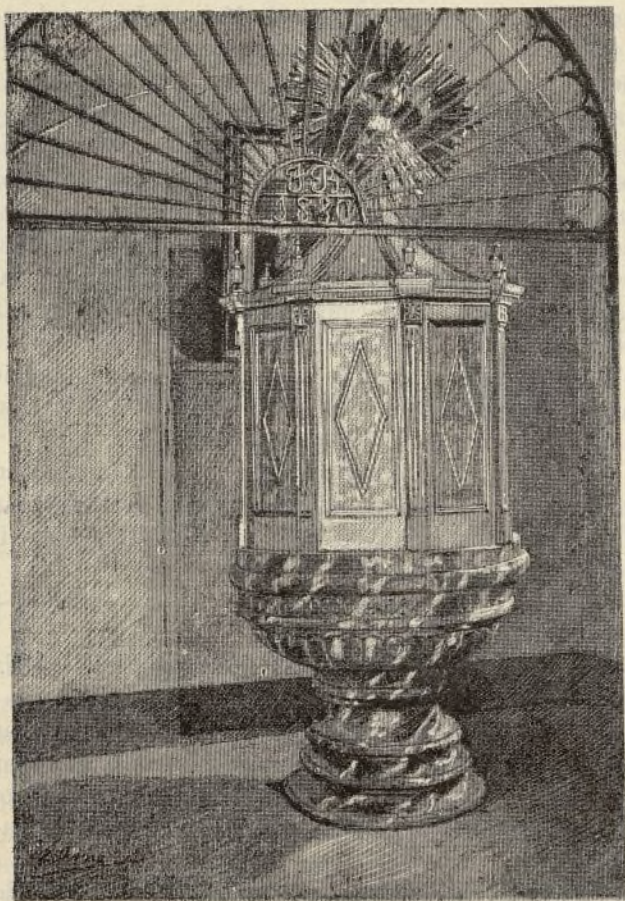
Regresaron al Tonkín y ayudaron al P. Deydier en los trabajos de su santo apostolado, más fecundo cada día, especialmente en las parroquias de Dong-Chuoi, de Kien-Lao, de Tra-Lu y de Lang-Lang.

Al ver el magnífico desarrollo que adquiría la Iglesia en el Tonkín, el Ilmo. de la Motte-Lambert juzgó llegado el momento de reglamentar la organización de las parroquias y distritos, y cimentar sobre sólidas bases el orden más completo y la más completa paz. Durante la ausencia del Ilmo. Pallu, á él correspondía este trabajo.

Era el mes de Julio de 1669, cuando acompañado de los PP. de Bourges y Bouchard embarcó en la nave de un comerciante, hijo de la Bourgogne, llamado Junet.



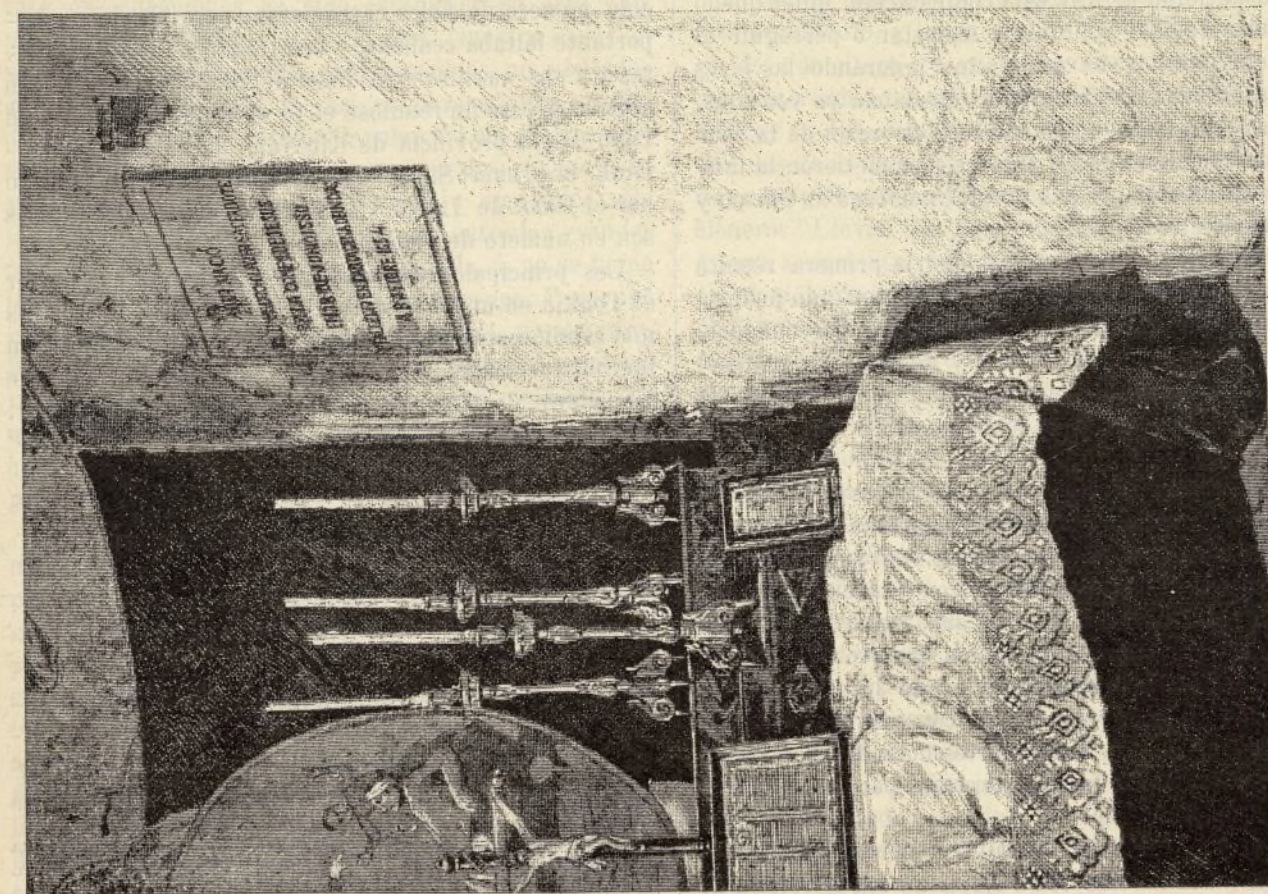
VERDÚ.—Entrada de la villa, y vista de su típico mercado de cántaros. (Pág. 406)



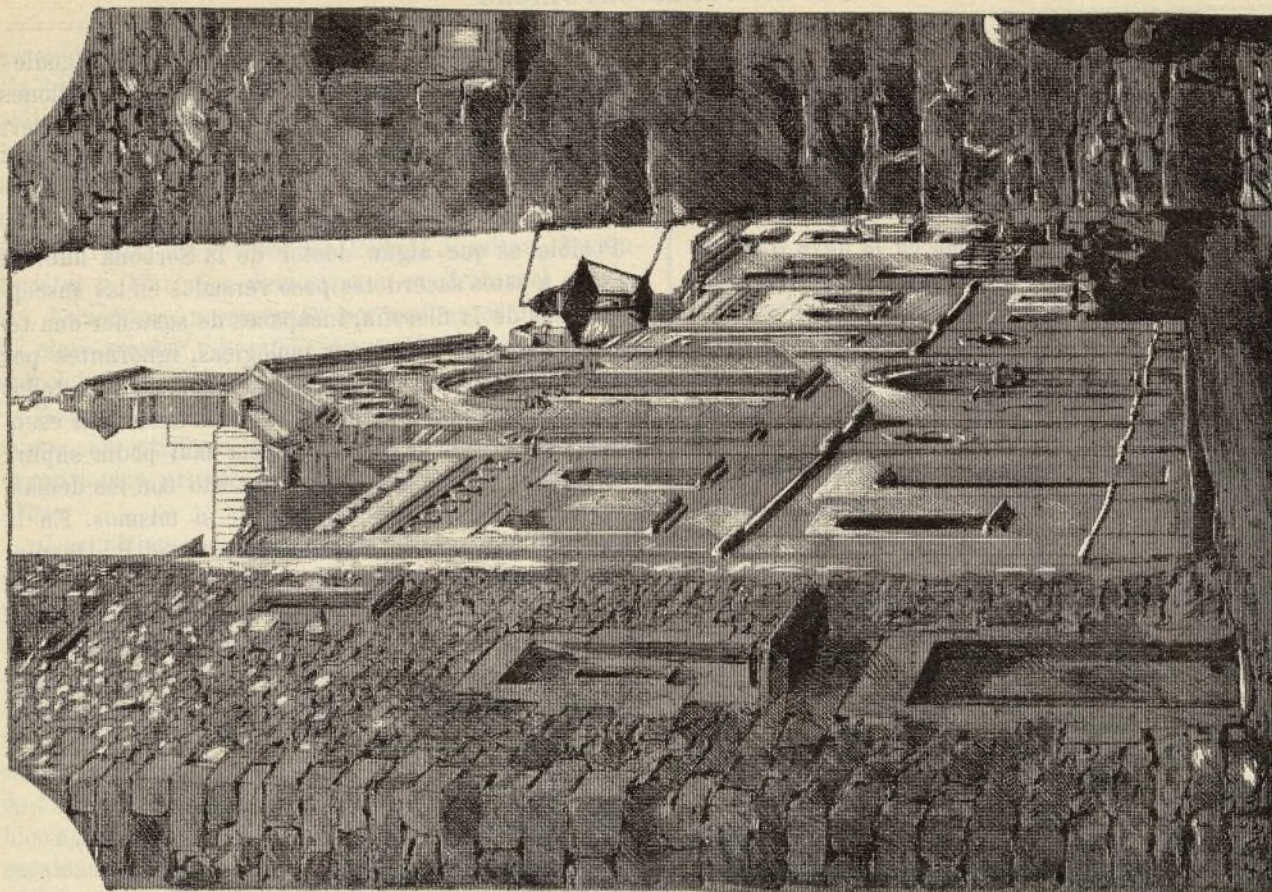
VERDÚ.—Pila en que fué bautizado San Pedro Claver. (Pág. 406)



VERDÚ.—Portada de la capilla de San Pedro Claver. (Pág. 406)



VERDÚ.—Oratorio y altar en el aposento donde nació San Pedro Claver. (Pág. 406)



VERDÚ.—Iglesia erigida por los Padres Jesuitas en el solar de la que fué casa de San Pedro Claver. (Pág. 406)

Al entrar en el río Rojo mandó aviso al P. Deydier de su llegada. Pero ¡ah! la ocasión distaba mucho de ser oportuna. Ocho meses habían ya transcurrido desde el día en que se decretó la persecución, y si bien ésta no era violenta, evidenciaba las malas disposiciones del Gobierno. El P. Deydier advirtió al Obispo, al mismo tiempo que dos guardias entraban en la nave francesa para impedir el desembarque de las mercancías hasta que los mandarines las hubieran revisado.

La situación era en extremo comprometida.

El Vicario apostólico temía ser descubierto y causar el recrudecimiento de la persecución; los objetos del culto eran igualmente comprometedores. Para sustraerlos á las escudriñadoras miradas de los mandarines, Junet ideó la siguiente estratagema de marino: invitó á cenar á su mesa á los soldados anamitas, y les sirvió abundantes botellas de su mejor vino. Los soldados juzgaron deber suyo honrar la generosidad del capitán y, dice el cronista, «bebieron lo suficiente para tener necesidad de dormir.» Entonces cuantos objetos debían salvarse de la persecución de los mandarines fueron trasladados á la barca de un sacerdote indígena, quien los depositó en lugar seguro.

Cuando la nave llegó á la vista de Héan, dos oficiales lo registraron minuciosamente, tomando nota del cargamento, y preguntaron qué objeto les conducía al Tonkín, y si llevaban sacerdotes á bordo. Contestó el capitán, que siguiendo la costumbre de los franceses llevaba consigo un limosnero, y les presentó al Ilmo. de la Motte-Lambert, que solo había conservado el traje talar. «La embarcación, añadió, pertenece á la nueva Compañía francesa, que desea establecer una factoría comercial en Héan.»

Transmitieron al Rey esta contestación, quien quedó satisfecho de ella, y prohibió molestar ó perseguir al sacerdote que llegaba á su reino ignorando las leyes vigentes. Todas las dificultades quedaban ya vencidas, cuando portugueses y holandeses, temerosos de la competencia comercial de los franceses, cometieron la infamia de denunciar por sus propios nombres al Obispo y á los misioneros.

Nueva visita más minuciosa que la primera resultó felizmente inútil, pues nada descubrieron que pudiera comprometerlos; pero los mandarines desconfiados, amenazaron de muerte á Junet y de Bourges, maltrataron al Ilmo. de la Motte-Lambert, y pusieron rigurosa vigilancia al rededor de la embarcación.

Los cristianos aconsejaron al Vicario apostólico que dirigiera una Memoria al Rey acompañándola de presentes. Un eunuco cristiano expuso al Príncipe las ventajas que reportaría el comercio con Francia, cuyo poderío no tenía rival en Europa, cuyas mercancías eran las mejores y sus comerciantes los más probos. «Siendo esto así, contestó el Príncipe, vengan los franceses á establecerse en mi reino, les concederé privilegios mayores que los que disfrutaban los holandeses, y desde ahora, si lo desean, les daré terrenos para en ellos establecer una factoría.»

Permitió á la tripulación saltar á tierra, y los invitó á presenciar la revista de su ejército y los ejercicios de

los elefantes de guerra. Oficiales y marineros acudieron gustosos á contemplar el desfile de los batallones anamitas, en tanto que el Ilmo. de la Motte-Lambert convocaba á todos los catequistas, y de entre ellos escogía siete á quienes ordenó sacerdotes.

Posible es que algún doctor de la Sorbona hubiese juzgado á estos sacerdotes poco versados en las susceptibilidades de la filosofía, incapaces de sostener una tesis sobre muchas cuestiones teológicas, ignorantes por completo en física, química y astronomía, pero todos en cambio estaban dotados de las cualidades más esenciales á su estado, y que la ciencia mal podía suplir: recto juicio, táctica grande en el trato con los demás, fe viva, y humilde desconfianza de sí mismos. En la elección el Ilmo. de la Motte-Lambert y el P. Deydier habían seguido las tradiciones apostólicas: los elegidos eran hombres piadosos, prudentes, callados y fieles como los *Seniores* de los primeros siglos del Cristianismo. Todos, excepción hecha del P. Vite Van Tri, cuya extraordinaria virtud fué causa de su elección, contaban edad algo avanzada:

Martín Mat.	66 años
Antonio Van Hoc.	56 "
Felipe Nhum.	50 "
Simón Kien.	60 "
Jaime Van Chu.	46 "
León Thu.	45 "
Vite Tri.	30 " (1).

El ilustrísimo señor Obispo confirió acto seguido órdenes á diez catequistas, y tonsuró veinte.

Evidente es que era poderoso y eficaz auxilio contar con nueve sacerdotes indígenas, treinta levitas, y crecido número de fieles catequistas; pero algo muy importante faltaba realizar, y era trazar á estos sacerdotes y á sus auxiliares la línea de conducta que debían seguir. A este fin reunió el 14 de Febrero de 1670 en Dinh-Hien, provincia de Kit-Nam, actualmente Nam-Dinh, el primer Sínodo del Tonkín, que fué presidido por el Ilmo. de La Motte-Lambert, y cuyos Estatutos son en número de treinta y tres.

Los principales acuerdos adoptados fueron: dividir el Tonkín en nueve distritos, y celebrar todos los años una reunión sinodal. Las actas del sínodo de Dinh-Hien fueron aprobadas por el Papa Clemente X, el 23 de Diciembre de 1673, en la bula *Apostolatus officium*.

EN SYDNEY

POR EL R. P. VANDEL, MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN DE ISSOUDUN

VII Y ÚLTIMO

Porvenir del Catolicismo en Australia.—Un sacerdocio indígena (continuación)

TODAS las razones anteriormente manifestadas explican la hermosa ceremonia que el 1.º de Diciembre de 1895 reunió en la altura de Kensington, en torno del Cardenal Arzobispo de Sidney, una

(1) La biografía de estos primeros sacerdotes indígenas ha sido publicada por el P. E. C. Lesserteur, director del Seminario de Misiones Extranjeras.

escogida concurrencia. Señalaré solamente la presencia de los Ilmos. Carr, arzobispo de Melbourne; Higgins, obispo auxiliar de Sidney; Murray, obispo de Maitland; Lanigan, obispo de Gulburn; Byrne, obispo de Bathurst; Corbett, obispo de Salle, y Gallagher, coadjutor de Gulburn. Las tres Ordenes más celosas y estimadas de Australia, los reverendos Padres Jesuitas, Redentoristas y Maristas, demostraron su fraternal simpatía, haciéndose representar por eminentes Religiosos. El clero secular y la población católica de Sydney asociáronse á nuestra fiesta.

Toda la prensa de Sydney dió cuenta de ella en términos correctísimos. Dejo aquí la palabra á uno de los órganos más principales de la noche, el *Australian Star*:

«Los misioneros del Sagrado Corazón han adquirido un terreno de ocho acres en Kensington, donde se proponen erigir un buen Seminario, destinado á la formación de misioneros para las islas. El sitio escogido no tiene rival en el distrito de Sydney. Levantado en la cresta de la colina, el colegio tendrá en todos los puntos del horizonte una vista magnífica. Desde aquella altura divísanse las orillas de Botany-Bay (*V. el grabado de la pág. 401*), y abarca por un lado los suburbios agrupados contra el flanco de las colinas que se escalonan á lo lejos, y por otro la ciudad y el Centennial Park. El panorama es sobremanera bello.»

Inauguróse la ceremonia con la bendición solemne de la primera piedra. Luego tomó la palabra su eminencia y expresóse en los siguientes términos:

«No podía escogerse, para la inauguración de esta obra apostólica, ocasión más favorable que el día de clausura del Sínodo que acaba de reunir á todos los Obispos de Australia. Durante este Sínodo una de nuestras preocupaciones ha sido establecer en este país nuevos baluartes de la santa Iglesia. Nuestra atención se ha fijado especialmente en los pueblos no visitados aún por las luces de la fe. Así es para mí una verdadera dicha venir en este bello suburbio á poner la primera piedra de un edificio que será en un próximo porvenir un importante centro de trabajo apostólico. En lo sucesivo Australia tendrá su lugar entre las grandes naciones. Hace un siglo que la luz de la fe no se había levantado aún sobre los pobres aborígenes. Pero una raza nueva tomó posesión de estas playas, y esta raza, bendita de mil maneras por el cielo, aspira á compartir con otras los beneficios de que se ve colmada. En nuestros días hay especial tendencia en construir edificios cuyo esplendor material llame la atención, y este país predilecto del sol favorece estas tendencias.

«En los muros que van á levantarse aquí, los misioneros tienen sobre todo el designio de alimentar el espíritu de sacrificio y de caridad cristiana que crea el apostolado. ¡Qué empresa más noble que conquistar para la verdadera fe las tribus desheredadas! En esta casa los jóvenes australianos vendrán á formarse para la más sublime vocación. Hace mucho tiempo que ya abrigaba yo semejante proyecto; pero se me ha adelantado el P. Treand. Era mi designio abrir un colegio para la instrucción de los jóvenes australianos, deseosos de dedicarse á las tareas del apostolado, y siempre he tenido la confianza de que nuestros jóvenes compatriotas

rivalizarían en abnegación con sus émulos de Europa.

«Dieciocho años ha celebróse la clausura del primer Sínodo de los Obispos de Australia con la colocación de la primera piedra del Seminario destinado á la educación del clero australiano. Hoy sobre esta primera piedra levántase un importante edificio, y el espíritu de sacrificio y de disciplina de que dan pruebas nuestros jóvenes levitas es prenda de las virtudes que distinguirán siempre al clero nacional. Es muy consolador que la clausura de este segundo Sínodo se solemnice con la fundación de un Seminario de misioneros, y deseo para la nueva institución la gloria que ahora rodea al Seminario de Sant Patrick en Manly Beach. (*V. los grabados de las págs. 393 y 404*). Toda Australia prestará su auxilio á esta empresa del cielo apostólico. Considérome feliz viendo aquí reunidos muchos de nuestros venerados Obispos, que han acudido para bendecir esta obra, y pido al cielo colme de prosperidades á los Padres del Sagrado Corazón.»

Estas nobles palabras, inspiradas á su eminencia por su desinterés y benevolencia hacia nuestra Sociedad, fueron saludadas con repetidos aplausos. Siguiólas un elocuente mensaje leído por el Dr. Donovan.

El Dr. Donovan es sin contradicción el jurisconsulto más distinguido de Australia. Por su ciencia consumada del derecho, es la luz de la colonia y el honor de Sydney. Por el fervor de su fe, de su piedad y de su caridad, es el modelo de nuestra parroquia y el sostén de nuestras obras. Poco tiempo ha su majestad la Reina de Inglaterra quiso reconocer los méritos de este eminente cristiano confiriéndole la dignidad insigne de miembro de su Consejo privado.

El orador comenzó por exponer el objeto del nuevo establecimiento, y luego hizo de los misioneros un elogio del que citaré con gusto algunos extractos:

«A la verdad, es una causa noble entre todas la de dedicar su vida á la difusión de la luz de la fe entre las tenebras de la idolatría. ¿Qué saben de la verdad cristiana los pobres salvajes antes de la llegada de los misioneros? Llevan una vida emancipada de toda ley. La guerra sangrienta es para ellos el tribunal de la justicia, y el degüello de sus semejantes no contradice su noción del derecho. Esta ignorancia por su parte es más de deplorar que de condenar, y á menudo las atrocidades que cometen sus manos son excusadas por las tinieblas que ofuscan su espíritu.

«Cuando algún indígena de nuestras islas atenta á la vida de un europeo, no tarda en acudir allí un buque de guerra. Pronto el bombardeo de las aldeas anuncia á los insulares las represalias que atrae su crimen, y les da un aviso para el porvenir.

«Diametralmente distinta es la conducta del misionero. Con la palabra despierta en el alma del salvaje los sentimientos más nobles, y por la ternura de su amor acaba de conquistarle. Mézclase con aquellos hombres bárbaros, frecuentemente con peligro de su vida. Detrás no se despliega, para protegerle, el pabellón de un Estado poderoso; y no le abren camino la espada y la metralla. No tiene otro estandarte que su crucifijo, ni otra arma que la palabra de Dios. Les

hace conocer á Dios que les creó y que considera su alma como de valor infinito; á Dios que les amó hasta el punto de enviar á la tierra á su Hijo único para redimirle: enséñales el inmenso amor del Hombre-Dios que murió por ellos en una cruz; y que quiso probarnos la perpetuidad de su ternura dejándonos su real presencia en el Sacramento de nuestros altares:»

El orador continuó exponiendo los trabajos emprendidos y los resultados alcanzados por nuestros misioneros.

El Ilmo. Carr, arzobispo de Melbourne, quiso añadir á estos discursos las siguientes palabras de merecido elogio:

«Toda mi simpatía, afirmó el eminente Prelado, se la lleva la obra cuyo fundamento vemos, por dos motivos que deseo expresar. Desde luego, amo esta obra á causa de aquellos que la han emprendido, los misioneros franceses del Sagrado Corazón. Siempre que es cuestión de una obra apostólica, y que vemos le presta su concurso algún misionero de Francia, el buen éxito no se pone ya en duda. No conozco nada más admirable que esa abnegación de Francia por las Misiones católicas, y que la generosidad de sus hijos. Tratándose de la propagación de la fe, Francia por sí sola contribuye más á la extensión del reinado de Cristo, que todas las otras naciones del universo. Háblasenos de la infidelidad que reina en Francia. No importa, el gran corazón del pueblo francés permanece constantemente fiel á la Iglesia. Por mi parte, estoy íntimamente persuadido de que Francia será salvada por la generosidad de sus hijos, y el Omnipotente prodigará sus misericordias sobre un país que despliega celo tan admirable por la propagación de la fe en todo el universo.

«En segundo lugar, el objeto de esta fundación no puede sernos indiferente. Desde que habito en Australia no puedo desechar la idea de que nuestra raza ha contraído una gran deuda para con los infelices aborígenes á la que ha desheredado de sus tierras. (*V. el grabado de la pág. 401*). Después de haberles despojado, de relegarlos al retiro de las montañas, ¿no es un deber para nosotros, darles el medio de ganar en el siglo futuro más de lo que han perdido en el presente?

«Tal es el piadoso proyecto de los Padres del Sagrado Corazón. Bendiga Dios su trabajo, y podamos ver pronto sobre este noble solar el Seminario de las Misiones levantarse como un faro glorioso, que proyectará sus rayos hasta las razas adormecidas en las tinieblas de la muerte.»

He dado fin á mi tarea. Ninguna necesidad experimento de implorar vuestra solicitud por nuestra obra.

La seguridad de que nos asistiréis constantemente con vuestras oraciones y vuestra acción, alejan de nosotros los temores que nos causarían con justo título el contraste entre la pequeñez de nuestros recursos personales y la grandeza de la empresa.

Este Seminario de las Misiones, cuyo nacimiento ha sido recibido con numerosas señales de benevolencia y rodeado con tan numerosas bendiciones, confiamos que responderá á las esperanzas que suscita. Los bienhe-

chores de las Misiones no nos rehusarán su óbolo, y Dios no nos negará su gracia. ¡Que el rocío del cielo refrigere pronto á los pobres pueblos salvajes hambrientos de salvación y de dicha!

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

VI

Más lejos

ALAS once de la mañana salimos de la isla hospitalaria de Mendé para dirigirnos hacia el río Djembwé. La marea estaba ya á la mitad, el viento era contrario, y un sol inexorable lanzaba sus rayos sobre nuestras cabezas: soñolientos, casi adormecidos, nuestros remeros dejaron caer lenta y perezosamente sus avirones en el agua deslumbrante. En vano les exhortamos: gritos, palabras, reproches, todo fué inútil, y á pesar nuestro cedimos también á la fatiga. Medio entorpecidos, nos abandonamos á los encantos y más aún al hastío de la lenta navegación. Poco á poco, no obstante, desapareció el baobab de Mendé, las riberas á donde nos dirigíamos se mostraron cada vez más distintamente: á nuestra izquierda y en el horizonte, las montañas azules del Muni perfilaron sus formas redondeadas: á nuestra derecha paletuvios, siempre paletuvios, á veces una ensenada, un riachuelo que vertía sus aguas lodosas; á lo lejos, sin que pudiéramos acercarnos de mucho á ellos, bandadas de pelicanos, vuelos enteros de gaviotas audaces; por último, á nuestro frente, pero á gran distancia todavía, la ribera donde debíamos abordar. Y la navegación continuaba lenta, fastidiosa, enervante.

Súbitamente sopló viento favorable:

—¡Izad el mástil! ¡Tended la vela!... ¡Bien!... ¡Más aún!

Y fiel al impulso dado, nuestro *San Juan Bautista* adelantó rápidamente. Los muchachos aprovecharon este descanso para tomar el desayuno. Por desdicha cambió el viento, y fué preciso cargar la vela y plegarse nuevamente sobre el avirón. Todo el mundo estaba cansado, y de común acuerdo decidimos abordar desde luego, y esperar los acontecimientos.

Eran las cuatro cuando llegamos á la orilla. Dos hombres estaban ocupados en limpiar el fruto de su pesca, y generosamente regalaron á nuestros muchachos una veintena de sardinas.

La orilla estaba cubierta con un enorme banco de mariscos.

En aquel suelo ingrato recogí una magnífica verdolaga, de anchas flores rosadas, la única de esta especie que he visto.

Después de algún descanso remontamos á las piraguas; pero cambiamos de itinerario por habernos dicho los pescadores que á corta distancia había una aldea bulu.

En dirección, pues, de la aldea. Guiados por los pes-

cadore, llegamos pronto á una pequeña ensenada, disimulada por los paletuvios, poco profunda, muy lodosa, y tan tortuosa y estrecha que apenas permitía el paso de la piragua.

Es conocida con el nombre de Nkendjé, y conducía á la aldea de igual denominación. Recorridos cien metros llegamos á ella.

En la orilla asistió curiosamente á nuestro desembarco un muchacho de mirada viva é inteligente, que nos hubiera seguido gustoso; pero ¡ay! no lo permitía nuestro presupuesto; y esto fué lo que más nos dió que sentir en este viaje. ¡Cuánto bien debiera hacerse! ¡cuántos niños pudieran salvarse!

¡En todas partes multitud de niños pedían que les permitiésemos acompañarnos, pues querían instruirse y hacerse cristianos! *Parvuli petierunt panem!*

Mas nosotros, por desgracia, en presencia de este impulso hacia Jesucristo, tenemos que cruzarnos de brazos y sólo podemos decirles:

—¡Aguardad! ¡Más tarde! ¡En el próximo viaje!

La población de Nkendjé está situada al pie de una colina, coronada por un árbol imponente. Este árbol magnífico, á la altura de un hombre mide dieciséis brazas. En las escabrosidades profundas que forman sus poderosos contrafuertes, los negros echan ofrendas al fetiche del lugar, viéndose enorme cantidad de quijadas de cerdo. Buena ocasión para los aficionados á hacer provisión de muelas. ¡Esto prueba, por lo menos, que la raza porcuna tiene aquí numerosos y buenos ejemplares!

Esta aldea cuenta de cincuenta á sesenta chozas; pero, por una disposición rara y singular, las dos hileras del centro están tan próximas, que los techos se tocan. Excelente defensa contra el sol: en cambio imposibilita á dos vecinos tomar el fresco extendiendo muellemente las piernas: opónese á ello la pared de enfrente.

Mientras aguardaba la marea el P. Monnier reunió á todos los vecinos en la alcaldía, llamada *abene*, y entonó lo mejor que supo un cántico mpongüe. Escucháronle con atención. Tomando luego la palabra, desarrolló las pruebas de la Religión cristiana, é insistió sobre la necesidad del bautismo. Todo el mundo bajó la cabeza, apreciando las razones del orador. El buen P. Monnier, complacido, prosiguió su ardorosa peroración.

De pronto, juzgando que había llegado el momento decisivo, dirigióse al anciano jefe, en cuya cabeza veíase el estrago de los años, y con insinuante y dulce voz le dijo:

—¡Ea, amigo! ¿has comprendido?

El anciano contestó con un sí equívoco.

—¿Quieres recibir el Bautismo?

¡Oh! ¡esta vez se vió que había comprendido bien.

Olvidando sus setenta años y sus piernas vacilantes, nuestro hombre tomó su sombrero y marchóse en medio de la hilaridad de los asistentes, que, por lo demás no tardaron en seguirle.



AUSTRALIA.—Chaslie, católico aborigeno del pueblo de la Peyrouse en la parroquia de Botany. (Pág. 400)

En vano el Padre les siguió á la aldea. Hasta una pobre vieja y ciega daba gritos como si la quemaran viva, y creíase perdida para siempre oyendo á un blanco dirigirle la palabra.

—Pero buena mujer, díjole no obstante el P. Monnier, ¿á dónde vas? ¿por qué huyes?

Tanteando y tropezando no hizo otra cosa que huir lo mejor que pudo.

Así al cabo de media hora, habiendo comido algunas sardinas espinosas y un cacho de yuca, nos sacudimos el polvo, no, el lodo de nuestros piés, sobre aquel pueblo inhospitalario, y después de poner nuestro navío á flote, partimos á las siete para remontar, con la marea, el río Njembwé, de largo y tortuoso curso. En el confín del horizonte, como para consolarnos de nuestro fracaso, elevábase paulatinamente la brillante cruz del Sur, mostrándonos el camino é invitándonos á la esperanza.

Durante este tiempo surcaban el firmamento las estrellas fugaces, recordándome la conmovedora leyenda que mi abuela me contaba en otro tiempo en el hogar paterno. ¡Ah, cuán hermosos días los de antaño!

—Mira, hijito mío, cuando una estrella fugaz brilla

en el cielo es que una alma del purgatorio sube hacia Dios. ¡Roguemos por las que sufren todavía!

Y juntos rezábamos dulcemente una *Ave Maria*, y arriba parecía brillaba con mayor suavidad la luz temblorosa de las estrellas, como más suave parecía también el abrazo maternal. No hablábamos, pero en la oración amada parecían comprenderse mejor nuestros corazones. ¡Recuerdos de otro tiempo! ¡Gratos recuerdos que se creía para siempre olvidados, y que súbitamente venían á embalsamar esa cálida noche de África! Y el corazón elevábase entonces hacia Dios con amor y reconocimiento:

«Dios mío, todo os lo he dado; Dios mío, por Vos lo abandoné todo; pero os amo ¡oh Jesús! y en el cielo nos encontraremos todos!»

Continuaron nuestros cantos.

Como buen bretón que es, como hijo de Santa Ana de Auray, el P. Monnier entonó naturalmente el himno á la Madre de la Virgen.

Así proseguimos la marcha, despertando los dormidos ecos con alegres estridillos, y animando las riberas con dulces cantos, lo que al fin y al cabo todo se reducía á un cambio, habituadas como están á las roncadas y monótonas melopeas de los bateleros pahuinos.

VII

El Bierí

A las nueve y media franqueamos la confluencia del río Bombé, que los pahuinos conocen con el nombre de Ebé.

Llegamos á la aldea habitada por los esametoks, de raza fang. La piragua se detiene é internase en el canal! ¡Alto! primera barrera. Un penetrante: *¡Nz'alur!* ¡oh! (¿Quién vive?) parte de la *abene* (cuerpo de guardia). Pueblo esencialmente guerrero, los fangs, en efecto, están siempre á la defensiva.

En una aldea, todas las cabañas de un mismo lado se tocan, ó más bien, no hay más que una sola é inmensa cabaña, cortada por tantos tabiques como familias. El lado opuesto ofrece la misma disposición, y para cerrar los lados de este largo paralelogramo, á cada extremo del pueblo se encuentra la *abene*, á un tiempo cuerpo de guardia y sala de reunión, donde se discute ó delibera; se decide la paz ó la guerra. Allí se fuma, pero no se bebe, y están excluidas las mujeres: ¡es la ciudadela de la aldea, la plaza fuerte, su cuerpo, de guardia, su sala de deliberaciones, su alcaldía, su casa municipal, su cámara de diputados!

Constantemente hay fuego y guerreros en la *abene*: por la noche velan en ella, con el fusil entre las piernas, atentos al menor ruido, echando con frecuencia rápidas miradas á las troneras, prontos á dar la voz de alarma al menor peligro.

—¿Quién vive? nos repitieron.

Y nosotros contestamos:

—Gentes del Minissé.

—Nada había que temer: allí nos conocían un poco.

Los pahuinos son salvajes, es cierto; pero saben practicar la hospitalidad á cualquiera hora de la noche en que os presentéis. Si sois amigo, podéis contar con una choza grande, aseada, al abrigo del agua. Si estáis

fatigado, he aquí el lecho. ¿Tenéis frío? no os faltará fuego. Si estáis sediento, un complaciente vecino os ofrecerá agua.

En esta aldea, la casa de los huéspedes está en el extremo. Entramos en ella, y al cabo de diez minutos en las barreras sólo vigilaba la guardia, dejándose para el día siguiente los asuntos serios.

Desde el alba estábamos en pie, pues debíamos partir temprano. Todo se había dispuesto para la Misa. Entre nuestros dedos se elevó muy pronto la Hostia santa. Una vez más Jesús bajó á esta tierra, y juntos le suplicamos que bendijese á este pueblo que aún no le conoce, y que atrajese á Sí las almas sencillas, deseosas de la verdad.

Mientras que el P. Monnier volvía cada objeto á su lugar, vi en un rincón una grande caja redonda, hecha de corteza de árbol, embadurnada de rojo, y sujeta á la cabaña por una de las lianas negras. Por primera vez me encontré frente del misterioso *Bieri*, del fetiche mayor, ó por mejor decir, del fetiche nacional pahuino. Abrí la caja. Los muchachos se aterrorizaron.

—¡Dejad esto, Padre, dejad esto! no cesaban de repetir.

Levanté la tapa, y vi un cráneo humano, y luego otro y otro, todos uniformemente embadurnados de rojo: no había más. En el fondo, el *Bieri* no es otra cosa que el culto de los antepasados, rodeado de ceremonias misteriosas y á menudo sangrientas. En ciertos días, en efecto, traen solemnemente una estatuita que colocan sobre la caja que encierra el *Bieri*: rocíanla con sangre humana, y póstranse luego. La gran fuerza del fetiche consiste en la pena de muerte pronunciada é infligida irrevocablemente contra todo profano que por casualidad ú otro motivo logra penetrar el misterio del *Bieri*. Así temiendo por mi cabeza, lo volví todo cuidadosamente á su lugar.

Después de la Misa, solemne reunión en la *abene*. Como de costumbre, hablóse, y finalmente el jefe del pueblo pidió el bautismo. No tenía más que una mujer, y quedó convencido de lo que le dijimos. Era anciano, y la hora de la gracia había sonado para él. Bauticéle, y otro hombre y una mujer siguieron su ejemplo.

Regalamos á nuestros dos fieles un bonete normando, y á la mujer una pipa nueva con tabaco dentro, con lo que quedaron todos contentos. Nuestros tres ancianos gozaban silenciosamente su nueva dicha, y el pueblo reunido los contemplaba con envidia.

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE CALONI.

TEMPLO DE AVELLANEDA

ESTE templo se empezó el 8 de Febrero de 1893, y se abrió al culto católico el 24 de Septiembre del 97.

Es un edificio importante, que hace honor al senti-

miento católico de esa colonia y del Padre misionero franciscano que la dirige.

Mide treinta metros de largo, ocho de ancho y trece de alto, con plano á tres naves.

Los cimientos y paredes laterales son bien sólidos, contruidos todos con cal y ladrillos.

Los muros de la fachada y de la torre, especialmente, son por demás garantidos, teniendo cerca de un metro y medio de espesor.

Es de estilo gótico, y el techo sostenido por hermosos arcos del mismo estilo; es de tejuelas abajo, y tejas francesas por encima.

Su valor hasta el momento es de veinte mil nacionales.

El interior del templo es desnudo, pero espero que el espíritu religioso de esa colonia, animado por el Padre misionero, pronto suplirá esa falta.

XIV

Conclusión de templos

El 25 de Febrero del 96, después de tantos trabajos, penosas abnegaciones y sacrificios, el templo de nuestra Reducción de San Martín se concluyó. Desde ese día ostenta al viajero que cruza por la vía férrea, á dos leguas de distancia, dos bellas y altas torres de treinta metros de alto, bien revocadas y blanqueadas. Al verlas de cuatro ó cinco leguas de distancia se parecen á dos esbeltas palmeras, que soberbias, elevándose sobre los demás troncos de las selvas, parece que les dicen: "Seguidme si sois capaces: somos las reinas de la naturaleza."

El templo también de la colonia Avellaneda se techó el 15 de Julio del 97, y sus habitantes pronto elevarán sus plegarias en él, para que el Dios de las misericordias derrame sobre ellos sus bendiciones, de que tanto necesitamos para la tranquilidad de nuestras almas, y para el fruto de nuestros intereses materiales.

Bien, pues, para esos colonos fervorosos, que en medio de tantas angustias y privaciones, han podido por medio de su acendrado catolicismo, dar complemento á sus ideales que recordarán siempre su religión y virtud. Bien también por el Padre misionero franciscano, que bien interpretó los deseos de sus feligreses, y no omitió trabajos y sacrificios para ennoblecer el sentimiento religioso de las almas á él confiadas.

TEMPLO DE SAN MARTÍN

Este templo, construido por el actual Prefecto de Misiones al grado 31 latitud Sud, tiene cuarenta metros de largo, doce de ancho y catorce de alto, con dos esbeltas torres al frente de treinta metros de alto.

La fachada, de 18 metros de ancho, es de estilo corintio con cuatro columnas al frente: el interior es de estilo toscano.

Los muros de la fachada son de un metro y ochenta centímetros de espesor y las laterales de un metro.

El techo es de madera de pinotea y quebracho con tejuelas abajo, y tejas francesas por encima. Han entrado en la construcción de este templo doscientas toneladas de cal y medio millón de ladrillos. Nada se ha omitido para su solidez.

Las maderas de las tres grandes puertas y las pequeñas son de cedro del Paraguay.

El templo es grande y espacioso; por el momento está desnudo por falta de recursos: sólo tenemos lo necesario para el servicio divino.

Se empezó el 26 de Septiembre del 92, y se concluyó el 96.

El edificio que á la derecha del templo es la casa habitación del Padre misionero, con un salón de doce metros para Escuela de niños.

XV

Recursos

Los medios con que cuenta esta prefectura para atender á los gastos de ella, son la subvención nacional, que el año 96 fué de mil nacionales anuales, y la provincia de ciento cincuenta nacionales mensuales. Con estos tiene esta prefectura que atender á las necesidades más apremiantes de los Padres misioneros: porque, como V. E. sabe, nuestras Reducciones son pobres y no tienen cómo sostenerse con los propios recursos. Y aunque todas ellas tengan colonias que atender, sin embargo, las entradas son muy limitadas, reduciéndose éstas á las entradas de Misas.

Estas no pueden considerarse como recursos, porque una aplicación diaria de un nacional, puede V. E. comprender lo que les puede quedar, ó mejor dicho, á lo que les puede alcanzar con la gran carestía de víveres. Digo la Misa diaria, porque las demás entradas, como ser las del matrimonio, ya no existe por la ley de matrimonio civil, debiendo los Padres llamarse satisfechos con que los contrayentes celebren el matrimonio religioso, y recibir lo que les den, esto es, cuando les dan.

Con estos pocos recursos, finalmente, tiene que atender á gastos de viajes necesarios para vigilar las Misiones, y otras necesidades que nunca faltan en una administración.

Por lo que los Padres misioneros de esta prefectura, para poder atender á los gastos que esta reclama, se ven obligados á hacer economías en sus vestidos y en el pan de cada día, y acudir á la caridad pública para hacer algún adelanto material en las Reducciones.

Pero si es así, me dirá V. E., ¿cómo han podido realizarse los trabajos hasta aquí descritos, y que son una realidad?

Esta pregunta está ya resuelta por lo que ya se ha dicho en este folleto; sin embargo, voy á satisfacerle directamente.

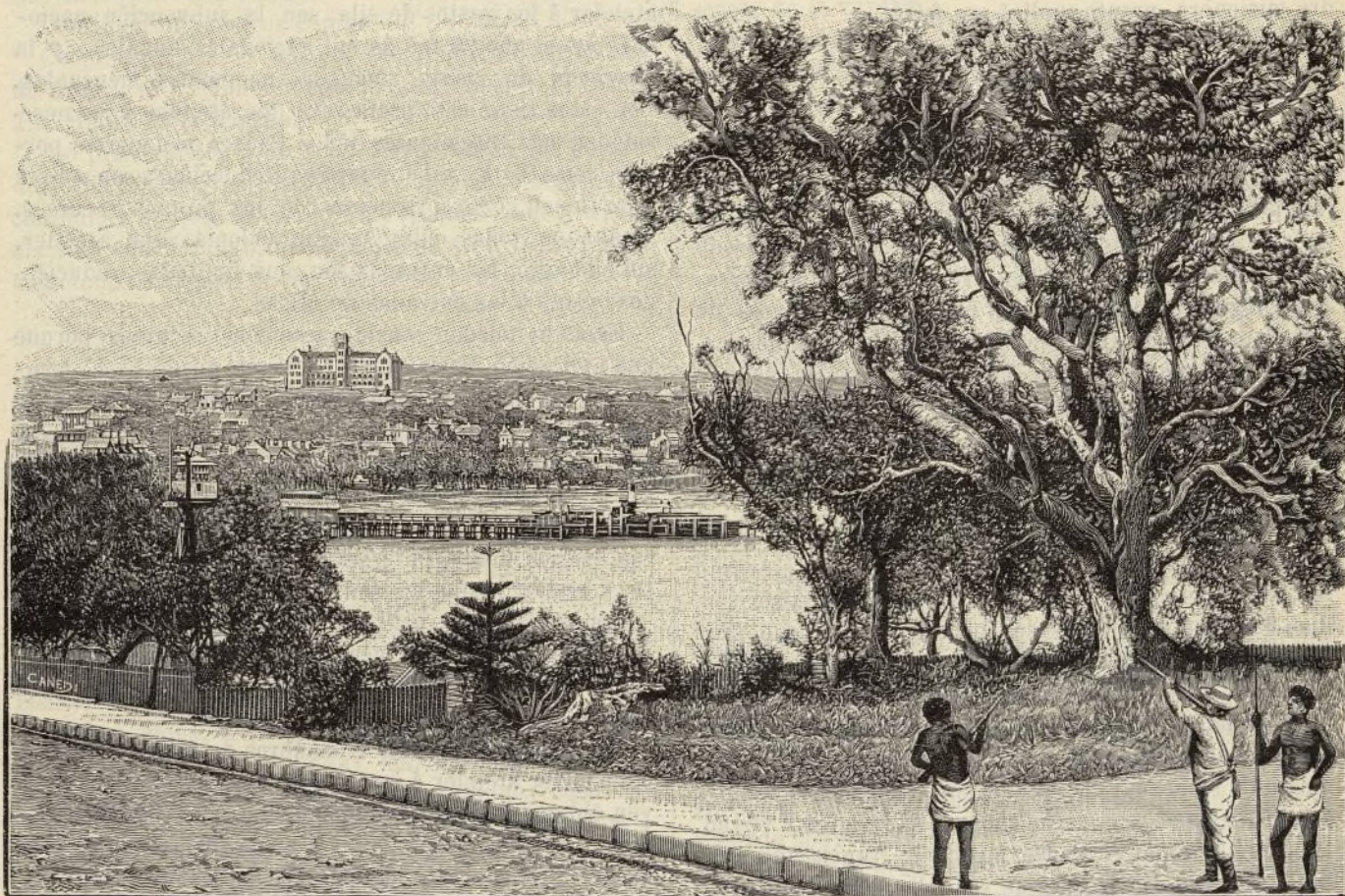
El Padre misionero no es un comerciante, que procura acumular dinero para llevarse una vida cómoda y lujosa que le permita aparecer entre el boato y tratos mundanos, ni tampoco es de aquellos administradores de capitales ajenos, que de tanto contarlos y recontarlos, ó se equivocan en algunas cifras, ó algo, aunque sea por descuido, se les pega en las manos. El Padre misionero es un ser que abandonando su patria, parientes, amigos y bienestar, vino á estas playas con el único fin de ser útil á su Religión y á la humanidad: contento sólo de un pobre alimento que la Providencia no niega ni á las aves del cielo, y vestido de un tosco sayal se interna en las soledades del desierto, olvidado de todos,

menos de Dios. Este ser no se equivoca en las cuentas, ni nada se le pega en las manos, aunque no tenga jabón de olor para lavarse, ni guantes de cabritilla para ponerse; al contrario, sus sudores los confunde con la caridad pública, y ved aquí sus prodigios.

En efecto, excelentísimo señor, el misionero, internado en el desierto y viviendo en miserables chozas, gime en su corazón al ver que tiene que celebrar en miserables cabañas los altos misterios de la Divinidad, por lo que apenas ha civilizado á sus indígenas y ve aumentada la población, idea templos que correspondan á la grandeza del culto católico; ordena en un principio el corte de una cantidad de ladrillos; prepara él mismo lo necesario para la mezcla; va al monte á traer la leña,

Apenas ha comenzado los trabajos cuando ladrillos y dinero han concluido. Renuévanse las penas y sacrificios por la prosecución de su obra; vuelve otra vez á comenzar por donde empezó. Ya tiene cien mil ladrillos, pero la obra no puede continuar sin techarla, porque peligrarían las paredes. Entonces hace una excursión al monte con carro, bueyes y hacha en mano, para proveerse de la necesaria madera para el techo.

¡Pobre Padre misionero, cuántos sacrificios y cuánta abnegación para traer del bosque lo necesario para su obra, y en donde sueña oír ya las alabanzas de su Dios! Aquí deberían estar esos eternos declamadores de civilización y progreso, que en su prensa sectaria, con su mentida civilización preparan el ateísmo en Dios; el



AUSTRALIA.—Vista general de Manly Beach, y del gran Seminario católico de Sydney. (Pág. 399)

y aprende á cortar y quemar los ladrillos, si es necesario, con un ladrillero del arte.

Con sus trabajos y sudores, privándose hasta de lo más necesario á la vida, tiene ya, por ejemplo, cien mil ladrillos; puede, pues, ya dar principio á la construcción del templo. ¡Pero no hay dinero! No importa, él lo buscará pidiéndolo á quien lo tiene. Abandona con este motivo su Reducción, y en las ciudades, en las villas, aldeas y campos que recorre, pregona que está por construir un templo dedicado á Nuestra Señora, é implora la caridad de todos para dar cima á sus ideales. Es verdad que las repulsas son continuas y las agresiones no escasean; pero no importa, su humildad y paciencia todo lo vence, y vuelve á su querida Reducción contento, porque habiendo reunido algunos recursos pecuniarios puede ya dar principio á su obra.

indiferentismo en religión, y en política la rebelión y el asesinato con el pretexto de civilizar! Como si pudiera haber progreso sin Dios, y civilización sin moral, destruyendo lo que nuestros padres edificaron.

Pero, finalmente, el misionero tiene ya todo lo necesario para el techo: cal, madera, hierro, tejuelas, zinc ó tejas francesas, menos dinero para la obra: á buscarlo, pues...

Hé aquí V. E. cómo los misioneros franciscanos levantan sus templos.

Sin embargo, no debo pasar en silencio que los Gobiernos de esta provincia, cuando pueden, no dejan de proteger á nuestros misioneros; los ex-gobernadores doctor D. José Galvez, Dr. D. Manuel Cafferata y V. E. decretaron sumas importantes para el templo de nuestra Reducción de San Martín; me dieron todos los fletes de

trenes de carga gratis, en cantidad de treinta y cinco. Para el templo de la Colonia Avellaneda, tres vagones también gratis; y cuando me he visto muy apurado, siempre he tenido de ellos protección; de manera que si ellos no me hubieran protegido, difícilmente nos habríamos sostenido en nuestras Reducciones.

CRÓNICA

Asia Menor.—El Rdo. Clemente Khavidjian, sacerdote armenio católico, escribe desde Angora con fecha 30 Abril, 1898:

«La vida del sacerdote en estos musulmanes países viene á ser cada día más difícil. Las iglesias, privadas de toda renta, no bastan á satisfacer las necesidades del clero. Los habitantes de todas las ciudades encuéntrase en tan precaria situación, efecto de los tristes acontecimientos que todo el mundo conoce que nada pueden hacer en favor nuestro. Reducidos á vivir solamente de las limosnas que para la celebración de Misas recibimos, perdemos el prestigio de que aparecíamos rodeados frente los cismáticos. El número de Misas que se nos envía es relativamente tan reducido, que la mayor parte de los sacerdotes encuéntrase en miserable situación.»

Las islas Salomón.—Habitadas exclusivamente por paganos y canibales, acaban de ser agregadas de nuevo al vicariato apostólico de las islas Fidji.

La obra de su evangelización comenzó en 1845, encargándose de ella los Padres Maristas, cuyo jefe, Mons. Espalle, encontró una muerte gloriosa. Poco después tres de sus misioneros fueron no sólo asesinados, sino hasta asados y devorados, y no tardaron mucho en tener la misma suerte los que quedaban.

«La reanudación de tal Misión, dice el Ilmo. Sr. Vidal, deja entrever peligros que desconciertan la prudencia humana; pero ¿han de dejarse arredrar por semejantes cálculos los hijos de Jesucristo?... ¿Se arredró, acaso, aquel que Roma ha proclamado el primer mártir de Oceanía?... ¿Qué habría sido de las otras islas, si nuestros padres hubieran mostrado menos afán por evangelizarlas, que el que aquéllas demostraban por deshacerse de los misioneros?»

Así ha sucedido siempre en la Iglesia de Dios: los verdugos se han cansado más pronto que las víctimas, y los lobos se han dejado vencer por los corderos.

Doce misioneros han salido ya para las islas Salomón.

China.—Un empleado alemán que por orden de su Gobierno emprendió una excursión de Kiatchon á Isima, da los siguientes curiosos datos referentes á la manera de viajar en China:

«Para pernoctar, dice, nos vimos obligados á entrar en una hostería, donde pasamos la noche entre caballos y asnos, en una estancia que parecía un gallinero.

«Las gentes no están acostumbradas á ver forasteros; nunca habían visto europeos, ni tampoco moneda de plata; el posadero, al ver que le dábamos cinco francos por un pedazo de carbón de Veih sien, cayó de rodillas á nuestros piés.»

Al parecer, la moneda grande no sirve en el interior de China; se necesita moneda pequeña en gran cantidad. El tael, el liang, que vale unos 3'25 francos, es la mayor moneda corriente.

Pero la moneda preferida en China es la pieza de cobre con un agujero cuadrado en su centro, llamada kâsch, de la cual son necesarias dos mil para hacer un tael, monedas que los chinos llevan enhebradas en un cordón para guardarlas.

En la costa se conoce y se admite el duro mejicano; en cambio no se acepta la libra esterlina, pero sí la plata en barra: los via-

jeros y comerciantes llevan siempre consigo barras de plata, de las cuales cortan y pesan los pedazos necesarios para hacer cualquier pago.



Noticias varias.—EL CATOLICISMO EN EL NORTE DE EUROPA. La semilla esparcida por el Papa actual en sus admirables Encíclicas, da en Inglaterra frutos abundantísimos, hasta el punto de que el Cardenal Vaughan ha podido decir con razón desde el púlpito, hace aproximadamente un mes, que en cada uno de ellos se eleva á ciento el número de protestantes convertidos en la sola archidiócesis de Westminster.

Si en el extremo norte de Europa, en Dinamarca, Suecia y Noruega, esta semilla no ha dado todavía tan grandes frutos, cuando menos va germinando de manera propia para infundir las más lisonjeras esperanzas.

En Noruega los pastores protestantes, á falta de iglesias católicas, ceden sus templos á nuestros sacerdotes para que prediquen sobre puntos de controversia.

Entre los hombres de estudio de aquel país prodúcese también un sensible movimiento favorable al Catolicismo. Uno de los de más renombre, el Dr. Krogh Tonning, de Cristianía, acaba de publicar una notabilísima apología de la doctrina de Santo Tomás de Aquino.

La obra, escrita en lengua latina, lleva por título *De Gratia Christi et de Liberó Arbitrio*. El Dr. Krogh, confrontando las enseñanzas admirables del Doctor Angélico y las acusaciones calumniosas de Lutero, prueba magistralmente la falsedad de estas últimas, así como el capital error del *determinismo* luterano, y pone de relieve los esfuerzos de los protestantes modernos para separarse de Lutero y acercarse á Santo Tomás, de quien no oculta el autor que le entusiasma la clarísima exposición y sólida defensa de la verdad natural y revelada.

LA LÁMPARA DE LOS ESQUIMALES.—El último número del «Globo» hace una descripción interesante de la «lámpara de los esquimales.»

Los esquimales habitan las costas del Norte del continente americano, desde las islas Atlánticas hasta el Labrador y Groenlandia, y en las más altas latitudes del Norte se han encontrado huellas de sus peregrinaciones.

En aquellas comarcas inhospitalarias como ninguna, en las más desfavorables circunstancias climatológicas, los esquimales se han encontrado bien y ha ido en aumento su descendencia; forman agrupaciones por familias ó pueblos á lo largo de la costa y á gran distancia los unos de los otros.

El frío, las noches interminables, los inconvenientes en los viajes, la falta de combustible, y sobre todo la dificultad de encontrar agua potable, son razones poderosas para impedir que se establezca cualquier otro pueblo en las cercanías de los esquimales.

El esquimal no posee más que un solo utensilio casero, el cual es inseparable de su vida doméstica é indispensable para su bienestar, haciéndole apto para habitar en las regiones árticas.

Este utensilio es la lámpara, que únicamente el esquimal posee y que él solo emplea en el mundo.

Consiste en una fuente plana de gualactita (especie de arcilla jabonosa), con una mecha de musgo; la llama que se obtiene es de unas doce pulgadas de altura, alumbrando sin producir humo, en cuanto la mecha está bien limpia; el aceite se obtiene de la grasa de los peces, la cual va fundiéndose con el calor de la lámpara, con la cual alumbraba el esquimal su vivienda durante la larga noche polar.

Dicha lámpara produce también un calor notable, así es que encima de ella se suspende la marmita para confeccionar la comida, y á más altura se seca la ropa mojada y se derrite la nieve para proporcionar la bebida.

La lámpara está al cuidado exclusivo de la mujer, y por esta razón el esquimal, cuando quiere expresar la miseria en su más alto grado, no encuentra otra frase más adecuada que la de «estar como una mujer sin lámpara.» Cuando ésta muere, se coloca aquel preciso utensilio sobre su tumba.

Para estas lámparas sólo pueden utilizarse las grasas muy combustibles, como es la que proporcionan los peces y las focas; en cambio la grasa de los renos y otros animales tiene un poder combustible muy inferior.

Es muy difícil poder determinar si esta lámpara es invención de los mismos esquimales; el autor del artículo cree posible que la hayan conocido cuando sus primeras relaciones con los europeos.

VARIEDADES

EL ESCLAVO DE LOS ESCLAVOS

CONFERENCIA FAMILIAR

(Fragmentos)

QUISIERA yo mostraros lo que han hecho otros en otras ocasiones en favor de los esclavos, y no os lo ocultaré: es un Santo el que voy á presentar á vuestra consideración... pero un Santo... que no es de diferente raza de la nuestra, sino de carne y hueso como nosotros... Lo que hizo él podríamos hacerlo nosotros también; sólo con que supiéramos sacudir nuestra pereza y animar nuestra cobardía.

Voy, pues, á deciros lo que hizo por los esclavos Pedro Claver, catalán, del condado de Urgel, que nació en el año 1584 y murió en 1654.

Para comprender la vida de este hombre, es menester, señores, que apartéis del mundo de hoy vuestros pensamientos, y los fijéis en el mundo de tres siglos más atrás; es menester que olvidéis por un instante las pequeñeces, los cálculos y el egoísmo de nuestra vida, y os acostumbéis á la grandeza de alma, al entusiasmo, á lo que de buena gana llamaremos nosotros locura caballeresca de la España antigua. Porque si no, os va á parecer lo que voy á deciros una leyenda fabulosa, ante la cual vais á reiros y á mover la cabeza, como nos reíamos en el colegio cuando nos hablaban de los trabajos de Hércules.

La España de entonces era aquel imperio inmenso en que no se ponía el sol. Su señor Felipe II reinaba en Castilla, Aragón, Navarra; en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellón, Los Países-Bajos, el Franco Condado; en Cabo-Verde, Túnez y Orán, en toda la costa occidental de Africa. En América gobernaba Méjico y el Perú, Nueva Granada, Chile, Paraguay y La Plata; y las islas de Cuba, La Martinica, Santo Domingo, Guadalupe y la Jamaica de él recibían las leyes y ordenanzas.

Y mientras que sus mil y mil barcos surcaban los mares trayendo al abrigo de sus velas riquezas inmensas, y los testimonios de la honra y bravura de los españoles; sus artistas y sus pintores, formados por los Leonardos de Vinci, los Miguel Angel, Rafael, Ticiano y otros, entraban en la madre patria para fundar las célebres escuelas de Madrid, Sevilla, Toledo, Valencia, en las cuales brillan Velázquez, Rivera, Zurbarán, Alonso Cano, el divino Morales y tantos otros que sería prolijo enumerar, figurando á la cabeza de todos el incomparable Murillo.

Las Letras van aún más allá que las Artes. En el teatro se pone en escena la *Electra de Sófocles* y la

Hécuba de Eurípides: Cervantes escribe su inmortal sátira: Lope de Vega es aclamado por el pueblo, y al pasar por las puertas del Palacio real tiene la honra de ser presentado por Felipe II con orgullo á sus huéspedes; Calderón y Ercilla, comparados á Virgilio por Voltaire; Herrera, Hurtado de Mendoza y Garcilaso de la Vega, hacen de la literatura española la primera literatura de la época, y de ella tomarán Corneille su *Cid* y Molière su *Misántropo* y *Festín de Fedro*. España era realmente la reina del mundo.

Pues señores, cuando la patria es grande, grandes hace á los corazones de sus hijos. «Cuando se mueve España, decía un proverbio, la tierra tiembla.» Bien sabéis aquella enérgica fórmula de los aragoneses con que coronaban á sus reyes: «Nosotros, que separadamente considerados somos tanto como vos, y en conjunto más que vos, os hacemos á vos rey. Si guardáis nuestras leyes y nuestros privilegios, os obedeceremos; pero si no, no.»

Recordad el Cid, y en él encontraréis el fondo del carácter español de aquella época como de los anteriores, su valor y su necesidad de volar todavía más y más alto y de hacerse aún más grande; allí encontraréis el amor delirante de su honra, el deseo de grandes obras y la ambición de gloriosísimas empresas, junto con la desdeñosa indiferencia á las riquezas, y desprecio de los trabajos y de la muerte.

Al ceñirse la espada un caballero español, besaba su filo y la encargaba «defender bien su honra si la necesidad lo exigía,» y luego sin importarle un ardite el peligro ni la muerte, y erguida la frente, emprendía presuroso el camino de los valientes.

Pues estos eran los tiempos, esa la atmósfera en que vino Pedro Claver al mundo.

Era de sangre noble, y por su padre emparentaba con los Requesens y con los condes de Benavente. Mas nada tiene esto de particular, porque España era entonces el país de los señoríos y de las grandezas, y el más desarrapado militar quería que le llamasen «caballero.»

Era pobre, y esto era menos raro aún, mas no sufría la pobreza rayana con la miseria que de todo necesita, sino la pobreza que exige el trabajo. Por entonces no se cuidaba nadie en España de saber si un hombre era rico ó no; sólo se indagaba si era valiente y de buena sangre, porque esto bastaba para ser tenido por honrado.

Para dar conveniente colocación á su hijo, contaban los padres de Claver con la prebenda de un tío suyo anciano, canónigo de la Catedral de Solsona; porque entonces pasaban de uno á otro, como en herencia, las mucetas, del mismo modo que pasan hoy las notarias y las farmacias. Seguros, por esta parte, de la carrera de su hijo, sólo pensaron en formar bien su corazón, y se lo encomendaron con este objeto á los Jesuitas de Barcelona. Con ellos hizo sus primeros estudios, después de los cuales pasó á la Universidad de la misma ciudad, en donde recibió con grande aplauso y mérito sus grados.

¿Y hacia dónde se va á orientar ahora? ¿Ambicionará la gloria de las aventuras con expediciones á lejanas tierras? Pues un nuevo mundo le tiene abierto España,

y aún resuena el eco de nombres ilustres de descubridores, Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Hernán Cortés... ¿Será la gloria y brillo de las armas? Pues es la gloria de su tiempo, y entre su misma familia cuenta famosos capitanes, deseosos de apadrinarle en la caballería. ¿Será el gobierno de los hombres, ó el ejercicio de alguna autoridad? Pues no le faltarán ocasiones ni probabilidades. ¿O será quizás el lauro del artista, poeta ó sabio á lo que piensa aspirar? Que alargue la mano y suyo será.

No, señores... Nada de esto; la gloria que él desea y le encanta, señalada está en un diario de sus pensamientos que, respetado por el tiempo, ha llegado hasta nosotros. Oído bien:

«Quiero pasar toda mi vida trabajando por las almas de mis hermanos, salvarlas y morir por ellas.»

¡Salvar las almas hasta morir por ellas!

Y se va á poner á morir.

Primero, morir al mundo. Pide la tonsura clerical y demás órdenes menores al Obispo de Barcelona, el cual se las concede dando público testimonio de la virtud y ciencia del ordenando.

Pero este sacrificio le pareció pronto muy pequeño. Quedábale morir á sí mismo, y pone su cuello bajo el yugo de la obediencia entrando en el noviciado de Jesuitas de Tarragona.

«¡Salvar las almas!» Es verdad, señores; esto y solamente esto es lo que todos deseamos cuando entramos en la vida religiosa. Mas al sonar la hora de emprender su conquista, nuestros generales señalan á cada uno la fila y el puesto, y aquel que soñaba con la conquista de la América, salvará quizás las almas regentando una clase de ínfima Gramática, desenmarañando algún teorema de Geometría, ó si se quiere, dando algunas conferencias. El mérito es igual.

Pero Claver lo entendía á la española. No había aún terminado sus estudios en la Religión, cuando ya suplica una, dos y tres veces á los Superiores, que le envíen á las Indias al servicio de los salvajes. Se lo niegan, pero él insiste, y cada vez con más ahínco en su petición. Finalmente, ocho años más tarde, el año 1610, recibió de su provincial P. Villegas el permiso tan deseado: «Durante mucho tiempo me ha parecido conveniente detener á V. R.; pero no puedo ya retrasar más el cumplimiento de sus deseos. Saldréis desde Sevilla. Ruego á Dios que os bendiga.» ¡Lee Claver esta carta, y salta de gozo, la llena de besos, y para deleitar con su lectura los oídos, la lee en voz alta; después, sintiendo no caberle dentro de sí el contento, corre á leérsela á sus hermanos, y éstos viéndole tan alegre, le dan la enhorabuena por lo que él llamaba la mayor felicidad de su vida!

En el mes de Abril del año 1610 se hizo á la mar. Ahora quizás no emplearán nuestros vapores quince días en hacer el trayecto de Sevilla á Cartagena de Indias; pero al pésimo velero en que iba Claver le fueron menester varios meses.

¡En fin, que llegó ya la hora; la chalupa ha tocado en

tierra y el pie de Claver sus tan deseadas Indias, y de rodillas, en medio de inefables lágrimas, baja Claver su frente y besa aquella tierra en que en adelante va á vivir y morir por el esclavo!...

No era la bondad del clima ni la fertilidad del suelo lo que llevaba á los españoles y europeos á Cartagena, porque el clima es mortal y el suelo estéril; sino que aquella costa bañada por las aguas del gran golfo de Méjico y puesta al abrigo de todas las borrascas del Atlántico por la maravillosa faja de las islas de Cuba, Santo Domingo y Puerto-Rico, hacía de Cartagena un puerto seguro y de fácil entrada para todas las embarcaciones de España y de toda Europa. Allí desembarcaba sus aguas el caudaloso Magdalena, y las naves que le recorrían dejaban un reguero de plata y oro procedente de toda la India. Allí, en Cartagena, se habían establecido los almacenes de toda la América Meridional.

Pero ¡ay! que no venían solos el oro y la plata. Por aquella época en que desembarcó Claver, se vendían públicamente de 10 á 12,000 negros al año por término medio en aquella ciudad. Solían llegar aquí estos negros del Congo, de Angola, de las costas de la Guinea y aun del interior del Africa, de la Mauritania, de Arda y de Mina. Envueltas en continua guerra las naciones vecinas, se los cogían prisioneros á sus enemigos y los vendían después á los armadores á cambio de un poco de vino ó de unos trapos, ó quizás de algunas gargantillas de ningún valor; los cuales armadores volvían después á venderlos, como en montones, á otro comerciante por valor de unos cuatro escudos. Los mejor formados, los más negros y los más robustos llegaban á valer unos 200 escudos en los mercados de Cartagena.

Luego que se daba en el puerto de Cartagena aviso de haber llegado algún navío cargado de negros, inmediatamente se lo comunicaba al colegio de la Compañía el gobernador. Claver con esto empezaba su obra y salía á recorrer toda la ciudad pidiendo á sus amigos dinero, bizcochos, conservas, frutas, tabaco, ropas y una infinidad de chucherías de ningún valor para los europeos, pero de mucho contento y regalo para los pobres salvajes. Con todas estas limosnas cargaba al Hermano que solía acompañarle; luego se cargaba también él, y encorvado por tanto peso y rendido por la carga, corría al puerto en que había de desembarcar el navío.

Después de haberse colocado todos estos pobrecitos esclavos en la playa, dábales Claver refrescos, los lavaba, les limpiaba las heridas, y como venían con las manos atadas, llevábales él mismo la comida á la boca. Extendía el manto en el suelo, y lleno de ternura sentaba sobre él á los más enfermos, y muchas veces los llevaba en brazos hasta la camilla en que habían de ir al hospital. Si durante la travesía habían nacido algunos, á éstos antes que á ningún otro atendía, los acariciaba, y en brazos de sus propias madres les administraba el santo Bautismo.

Mas ¡con qué amor hacía todo esto! ¡Qué sonrisa tan

celestial! ¡Qué delicadeza, qué términos! No es extraño que estos salvajes, sin conocer la lengua de Claver, pero adivinando los sentimientos de su corazón, y atónitos de encontrar amor en uno de aquellos blancos que ejercían con ellos tanta crueldad, le abrazasen también ellos y derramasen lágrimas de amor y agradecimiento por sus negras mejillas. ¡Oh lágrimas dichosas de los negros! ¡Qué bien las recogía su Dios y su Redentor!

Después de haberles repartido todas sus provisiones, valiéndose Claver de algún intérprete, ó en su defecto, por signos, comenzaba á instruir á los negros en la fe y les hablaba de las esperanzas divinas, únicas que aún podrían quedarles acá en el mundo.

Luego, á la hora competente, los colocaba en filas el negrero para llevarlos á la ciudad, y hasta el día y hora del mercado los tenía almacenados como cualquiera otra mercancía.

Claver se presentaba después en medio de ellos, y continuaba su obra de civilización, consolando á los que lloraban, fortaleciendo á los que habían perdido toda esperanza, ayudando con su propia mano á los débiles ó jóvenes: y cuando se levantaba el látigo del negrero sobre las espaldas del esclavo, corría Claver á interponerse. Y... el látigo, en vez de acardenalar las espaldas del negro caía al suelo de las manos del negrero. Porque, ¿habéis visto los ojos de una madre cuando trata de defender á su hijo? ¿Habéis oído su voz? Pues tal era la mirada y tal era la voz de Claver; y ante esta mirada, y á esta voz, aquellos vendedores sin entrañas temblaban.

Volvió al día siguiente á hacerles otra visita y otra instrucción, pero cargado también de nuevas y frescas provisiones; y así continuaba hasta que en el día del mercado eran vendidos. Pero entonces no se apartaba de allí Claver, con objeto de tomar nota del comprador y de su domicilio y no abandonar á sus negros, á los cuales continuaba visitando y socorriendo en casa de los nuevos dueños, reuniéndolos en la iglesia del colegio, instruyéndolos en la doctrina cristiana y preparándolos debidamente para las funciones solemnes... Qué, ¿no era éste su pueblo? ¿No eran éstas sus ovejas? ¿No eran éstos los únicos queridos de su corazón?

¿Y sabéis cuántos de estos pobres negros llegó á bautizar en los cuarenta años que vivió consagrado á su servicio? Pues más de 300,000.

Treinta y seis años llevaba ya ocupado Claver en esta ruda tarea, cuando vino la peste sobre Cartagena, y causó grandes estragos entre los negros, sin perdonar al mismo Claver, porque encontrándole siempre á la cabecera de los atacados se cebó en él con tanta crueldad, que los Superiores juzgaron prudente admistrarle el santo Viático. A dos dedos de la muerte aún pensaba en sus negros Claver, lamentándose amargamente de no tener la dicha de morir entre ellos. Restablecido de la enfermedad en parte, quedó malamente desfigurado, y con una convulsión nerviosa tan general que le privó casi totalmente del uso de piés y manos.

Pero ¿creéis que por esto renunció ya á sus negros? De ningún modo. Con objeto de recibir á sus amados

esclavos, hizo que á la llegada de algún navío negrero le llevasen en brazos hasta la playa, y para visitarlos después en sus viviendas, hacía que le sujetasen fuertemente con cuerdas y correas sobre un caballo, y con la dirección del intérprete emprendía su expedición.

Luego que montaba, se envolvía como podía debajo del manto los brazos inertes y paralíticos, y demacrado, pero risueño, quebrantado en el cuerpo, pero lleno de vigor en el alma, atravesaba como un fantasma la ciudad de Cartagena. La gente al verle pasar se detenía á contemplarle, y á llorar de compasión ante un valor tan sobrehumano.

Así estuvo otros cuatro años, mas al fin se le acabaron repentinamente las fuerzas. El día 8 de Septiembre de 1654 pudo ir en brazos de dos negros á comulgar á la iglesia, y al tornarle á su aposento dijo á un Hermano que encontró: «Voy á morir.» Aquella misma tarde entró en agonía; la noche fué dolorosísima, y á la mañana siguiente, aunque se quedó sin habla y sin movimiento, estaba sosegado y tranquilo.

Corrió en seguida por todo Cartagena el rumor de la muerte inminente del P. Claver, que cayó como un rayo entre los pobrecitos negros. Los niños iban gritando á lágrima viva por las calles: «¡El Santo se muere! ¡El Santo se muere!» y los negros acudían corriendo á ver por última vez á su Padre.

Al principio se les permitió entrar, pero luego, aumentando extraordinariamente el número, fué menester cerrar las puertas del colegio. Se quedaban, pues afuera, apoyados en la pared llorando y lanzando gritos desgarradores, que cada vez iban aumentándose por el número y el sentimiento. ¡Su Padre, su Padre! Era padre suyo y querían verle. Y ellos sin tener en cuenta más que su dolor y cariño, no pudiéndole ya contener, y perdida toda esperanza de que se les franquease la entrada, se arrojan á una sobre la puerta principal, que no pudo menos de ceder á tan violento empuje, y se apoderan del colegio... ¡Bien conocido les era el camino del aposento del Padre... ¡Así que con todo silencio y recogimiento se dirigieron por los tránsitos, no sin regarlos con abundancia de lágrimas, hasta entrar por pequeños grupos en el aposento. Allí contemplaban unos instantes al moribundo, inmóvil, le besaban con ternura las manos, y ahogando vehementes sollozos, se retiraban. Todo el día estuvo desfilando por delante del lecho de muerte de Claver aquella gloriosa procesión de negros inconsolables. Poco después de la media noche subió Claver al cielo.

¡Ah, señores! Buscad ahora en la historia un grande, un rico, un rey que teniendo delante la muerte se haya visto rodeado de un cortejo semejante.

¡Así vivió, así murió Pedro Claver, esclavo de los esclavos hasta la muerte!...

(M. del S. C. de J.)

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

José Cendrós de Valdarqués. 4 pesetas.

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

ñora; he hecho la cuenta de los rebaños y de la cosecha del vino y del aceite.

—¡Ah!... ¿y ahora?

Un ligero sonris se dibujó en los labios de Sexto, como si hubiese respondido á la pregunta curiosa de un niño. Y señalando con la mano un cerro que había á la vista, dijo:

—Voy allí á orar sobre la tumba de Sinforosa y sus siete hijos.

—¡Id! dijo ella.

El jóven saludó y continuó su camino. Sin querer, Antonia le seguía con los ojos, y volviéndose á Lea, dijo:

—Ahí tienes á un cristiano.

—¿Quién es este jóven?

—Es un africano, natural de Cartago, liberto de mi padre y mayordomo de nuestras posesiones rurales. Ha sufrido mucho por su fe, pues bajo Galerio fué arrestado y expuesto á las bestias. Aquel día el pueblo hizo gracia á los condenados, y Sexto volvió entre nosotros. Es un fiel servidor. ¿No has visto en sus piés la señal de los anillos de hierro, y en sus brazos la de las tenazas? Es que le sometieron á prueba en el potro.

—No he visto lo que dices, y sin embargo le he mirado: va vestido como un pastor de Teócrito, si bien su aspecto es más noble.

Lea deseaba saber y comprender lo que ignoraba.

—Y ¿quién es Sinforosa? preguntó; ¿cuál es su historia?

—Es la viuda de un oficial de Trajano que fué martirizado sobre aquella colina con sus siete hijos. Como dice Sexto, aquella mujer sufrió ocho veces. ¡Lea! ¡hay grandes almas entre los cristianos!

Y Lea meditabunda se preguntaba en su interior:

—¿Por qué, pues, mi abuelo les aborrecía?

VII

LA HIJA DE CONSTANTINO

En las primeras horas de la mañana Lea sola en su aposento, con el *estilo* (1) en la mano, escribía en dísticos latinos una traducción de la Antología griega. Estudiaba con el mismo cuidado que cuando su abuelo presidía sus trabajos; seguía una misma regla de vida, leyendo, escribiendo, ó tomando el huso y la aguja, todo alternativamente: honrando á sus dioses de igual manera, y esforzándose en reproducir en su vida y en sus ideas la mujer romana de otros tiempos, altiva, púdica y entregada á sus deberes. La casa de la noble Cornelia, elegante, suntuosa, llena de extraños inventos del Asia, del África y de la Galia, en nada recordaba las se-

(1) Punzón de que se servían los antiguos para escribir.

veras costumbres de los antiguos ciudadanos; Clelio y Porcio no habían vivido bajo techos de oro y cedro; el altar de los dioses lares en el vestíbulo, y las efigies de los antepasados en el triclinio, recordaban apenas los antiguos tiempos. Cornelia, de un natural inquieto y supersticioso, se hacía explicar los sueños que tenía, consultaba el porvenir y pasaba largas horas en conferencia con un sabio venido de orillas del Eufrates. Antonia perdía mucho tiempo en el tocador y divirtiéndose con sus criadas; leía un poco, pulsaba la lira, cultivaba sus flores y se entretenía con sus pájaros y sus gacelas: sin embargo, por dulce que fuese su vida, por risueña que apareciese su frente, había en el fondo de esa limpida fuente un negro y triste pensamiento: la desposada de Anicio no era dueña de sí misma, y se esforzaba en reir para aprender á olvidar. Para cerrar los ojos al porvenir, extendía ante ellos un velo tejido de rosas; con todo, no puede uno engañarse á sí propio, y el eco de un nombre, el ruido de pisadas en la casa, la hacían palidecer ó coloraban sus mejillas.

Entró en la cámara en que Lea estudiaba, después de haberse engalanado más de lo acostumbrado, lo que la hacía mas hermosa. Al verla, dijo Lea:

—¡Tan de mañana! Aun no ha asomado el sol, y te has puesto ya un vestido de seda de Cos... y estos pendientes de esmeraldas... y esta encantadora corona de flores... y este velo ligero como el céfiro... pues ¿qué ocurre?...

—¡Ah! ¡hoy es un día de fiesta! dijo Antonia abrazandola: ayer al anochecer llegó un correo, cuando ya te habías retirado á descansar. Trajeron una carta de una persona algo pariente y muy amiga nuestra, aunque en posición mucho más elevada; es decir, la hija del Emperador, Constancia, mi amable parienta, á quien jamás podré decidirme á llamar Augusta, ni Eternidad; mejor la llamaré Serenidad, ¡tan apacible es su semblante!

—Con que, ¿en honor de la princesa Constancia te has vestido con tus mejores galas?

—Sí; hoy debe visitarnos; mi madre ha dictado disposiciones para la comida; y por mi parte he preparado los instrumentos músicos y los juegos; pero no le ofreceremos danzas mimicas, ni las bufonadas de los enanos, pues su severidad no se aviene con tales diversiones, y su salud es tan delicada, que necesita mucho silencio, reposo y amistad.

—Todo esto encontrará en vuestra casa y en vuestro corazón, cara Antonia.

—Así lo espero; pero ¿no nos acompañarás, amiga Lea?

—Si crees que mi presencia pueda ser grata, me presto á ello gustosa.

(Se continuará).

Serie de novelitas de sana tendencia moral, y que, á par de honesto recreo y pasatiempo, ofrecen á las familias católicas instrucciones y prácticas lecciones de buen gobierno en la vida social de nuestros días. Van ilustradas con profusión de interesantes dibujos. Se han publicado hasta ahora las siguientes: **No ms mostrador**, por D. Francisco de P. Capella. —75 cénts. en rústica, y 1.25 ptas. en tela. — **Espera**, por Aurora Lista. —75 cénts. en rústica, y 1.25 ptas. en tela. — **Sin Dios**, por Raquel. —75 cénts. en rústica, y 1.25 ptas. en tela. — **Cadena de oro**, por Aurora Lista. —1.25 ptas. en rústica, y 1.75 en tela. — **La firma del banquero**, por Aurora Lista. —50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Anisia ó una virgen-apostol del siglo IV**. Novelita histórica, traducida y arreglada del francés, —50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Una madre como hay muchas**, escenas de la vida íntima, por D. Francisco de Paula Capella. —50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela. — Diríjase á D. Miguel Casals, Píno, 5, Barcelona.

BIBLIOTECA DEL HOGAR.

EL BUEN COMBATE

facilitado á toda clase de personas, por medio de sencillos opúsculos
de controversia popular

Nueva colección de libritos de Propaganda limpia y exclusivamente católica, de varios estilos y autores, que contendrá todo cuanto el cristiano debe creer, practicar y defender.

CONDICIONES.—Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta.

Se publica cada mes un ejemplar de pago.	1.50	ptas.
Subscribiéndose por un año á 1 ejemplar mensual.	0.50	» cada mes.
» á 4 ejemplares mensuales.	1	» » »
» á 8 » » »	1.50	» » »
» á 12 » » »	2.25	» » »
» á 20 » » »	5	» » »
» á 50 » » »		

Puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo el año.

El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

OPUSCULOS PUBLICADOS: El pan del pobre, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., Director de la *Revista Popular*.—¿No es hora todavía? por id.—De Carlos á Manuel y viceversa, por Antonio.—El deber de la limosna, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—De Carlos á Manuel y viceversa (segunda parte), por Antonio.—Sol de las almas, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—Credo, ó refugio del cristiano en los presentes tiempos (primera parte), por Mons. Gaume.—Credo ó refugio del cristiano en los presentes tiempos (segunda parte), por id.—La acción antimasonica, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—El Santísimo Rosario, por Campazas.—Católicos... á la moda, por Raquel.—Católicos de verdad, por id.—Guerra de frente, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—Espinas, hojarasca y flores, por el Dr. Franco.—La piedad al uso, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—Los fariseos, por D.^a Matilde Troncoso de Oíx.—Eucaristicas, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—Espinas, hojarasca y flores, II, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—La caridad puesta al alcance de todo el mundo, por el abate Mullois.—Cómo se explota á los incautos, por id.—Liberalismo casero, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—Quien siembra vientos... por D.^a Matilde Troncoso de Oíx (Raquel)—Espinas, hojarasca y flores, III, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—Cruz de oro y cruz de plomo, por Raquel.—Liberalismo casero, II, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—Espinas, hojarasca y flores, IV, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—¡Yo confesarme! por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—Cartas á un joven, por D.^a Matilde Troncoso de Oíx (Raquel).—Nuestro modelo, por id.—El Sagrado Corazón de Jesús y las clases obreras, por el Dr. don Francisco de P. Ribas y Servet.—El Protestantismo en berlina, libro I, por el P. Pío Mandata, de la Compañía de Jesús.—El Protestantismo en berlina, libro II, por id.

OPUSCULO PARA SEPTIEMBRE: **Los que dejan hacer**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

NUEVAS ESTAMPAS

SAN JOSÉ DE CALASANZ

Precioso fotografiado reproducción del célebre cuadro del distinguido pintor español, residente en Roma Sr. Estruch. El Santo sostiene con su mano izquierda un libro, en cuyas abiertas páginas se lee la hermosa frase: *Timor Domini est initium sapientie*; y apoya la derecha en la espalda de hermoso niño. Impreso en papel mate superior, tamaño 40 centímetros largo por 34 ancho; véndese al ínfimo precio de 0'50 céntimos ejemplar.

SAN JUAN DE DIOS

Precioso fotografiado reproducción, al igual que el anterior, de piadoso y artístico cuadro del Sr. Estruch. Representa al Santo llevando en brazos á Jesucristo en forma de pobre mendigo; dibujadas ambas figuras con magistral perfección y rodeadas por hermoso efecto de luz, están llenas de piadoso sentimiento. Impreso en excelente papel mate, tamaño 40 céntimos largo por 34 ancho, y véndese á 0'50 céntimos ejemplar.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

ADVERTENCIA.

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.